

POESIA AMERICANA.

COMPOSICIONES SELECTAS

ESCRITAS

POR POETAS SUD-AMERICANOS

DE FAMA,

TANTO MODERNOS COMO ANTIGUOS

Publicadas por la imprenta del Siglo bajo la direcciom

DE

D. JUAN MARIA GUTIERREZ.

T. I.

Buenos Aires
IMPRENTA DEL SIGLO, VICTORIA 151
1866.



La patria de cada uno de los autores comprendidos en esta coleccion, se espresa á par de los apellidos, en el índice que por orden alfabético se encuentra al fin del volúmen. Cada seis meses aparecerá un volúmen in 8. ° de 200 pájinas idéntico al presente que es el primero de la Coleccion, precedido de un prólogo en que se apreciará el mérito, la tendencia y demas circunstancias de la poesia Sud-americana, tan poco conocida hasta aquí.

Poesía Americana.

La poesía es uno de los grandes instrumentos de civilización y progreso. Eleva el ánimo sobre la esfera de la vida ordinaria, concede treguas á las penas, y despierta en el alma la conciencia de su afinidad con todo lo que hay de bello, puro y noble. En sus verdaderos y mas altos esfuerzos, tiene la misma tendencia y mira que el cristianismo; esto es, ospiritualizar nuestra naturaleza.

[CHANNING.]

Dut *l'Amerique* disparaître soudain, elle ne perirait pas toute entière, on la retrouverait dans les chants de ses poètes.

ELISÉE RECLUS. Rev. des Deux Mondes 15 feb. 1864.

Un periódico consagrado en su mayor parte á la literatura, está como en blanco cuando carecende versos sus columnas. Los renglones desiguales alientan al lector perezoso, y llenan, cuando ménos, el oído de quienes tienen vacía la cabeza. Y si esos renglones, encierran entre sus consonantes, como entre alambres, al ave rara que se llama poesía, satisface entónces una necesidad imperiosa de las inteligencias bien dotadas.

El CORREO abre desde hoy una seccion que llevará por título POESIA AMERICANA. En ella trataremos de reunir las inspiraciones notables, las verdaderas perlas de la Musa del nuevo mundo, pensadas y escritas en el hermoso idioma castellano, desde el Golfo de Méjico hasta el Rio de la Plata, sin predileccion hácia ninguno de los Estados en que se halla subdividida la vasta tierra que fué conquista española. Estas poesías escojidas y reunidas con detenido exámen, formarán de tiempo en tiempo, pequeños y elegantes volúmenes, que la *Imprenta del Siglo* consagrará á la honra de las letras sud-americanas y al buen gusto de los habitantes de Buenos Aires.

Una clasificacion trazada á compas, es útil para el estudio de las flores de un herbario; pero importuna y fastidiosa cuando se trata de flores poéticas, cuya lozanía se agosta y cuyo aroma se desvanece, desde que las palpa la mano avejentada y pedantesca de la retórica. Las nuestras aparecerán en desórden, como producen las suyas las márgenes de los rios pátrios, desiguales en el tamaño, en el color, en la forma; humildes unas y melancólicas como la flor-delaire y la pasionaria; otras arrogantes, embriagadoras y voluptuosas como la rosa de todo el año, la diamela y las encendidas arirumas.

Pero no por esto habrémos de proceder sin alguna regla. Será la que nos guie, la que está escrita con caracteres misteriosos, en el corazón de quien le tiene acostumbrado á recoger todas las gotas jenerosas del sentimiento, todas las chispas del entusiasmo, ántes que caidas al suelo se mezclen con el lodo ó con la ceniza. Cuando una página en verso nos haga pensar, ó nos oprima el pecho, ó nos acelere el movimiento de la sangre, la trasladarémos inmediatamente á las del CORREO, seguros de que producirá en sus lectores la misma impresion que nos causó á nosotros; mostrando así, que, lo que se llama el buen gusto, no es otra cosa mas que una centella, componente indispensable de toda alma humana, que si no brilla á veces, es por falta de un soplo que la avive. Hé aquí nuestra estética y nuestra arte poético.

Ah! no desdeñeis los versos, vosotros espíritus positivos que os afanais en prosa por lograr los bienes tanjibles de este mundo! Reflexionad un momento y veréis que un endecasílabo bien hecho tiene todas las calidades de una guinea inglesa, — el sonido metálico, el brillo, la gracia perfecta del sello, la buena ley y el peso íntegro,—y que por esta razon los renglones que acuñaba el jenio de Byron, se cotizaban á la par de las libras esterlinas sobre el mostra-

dor de su librero.

Hay pobres de espíritu, que en servicio de lo que entienden por moral, levantan como á manera de un cordon sanitario de libros indigestos, en torno de las mariposas de su cariño que constituyen la ventura de sus hogares. Pero qué, ¿no se aperciben que con esa táctica paraguaya, las echan á volar por los desiertos, espuestas al pico voraz de mil aves de pésima ralea? Dénlas por el contrario un rumbo salvador en las correrias de la imaginacion. Su mejor piloto será un poeta, y la mas segura barquilla de su aerostático, un libro de versos selectos. La mujer nacida en el Paraiso en medio de fantasías, seducciones y deseos, fraguará á su modo, entre puntada y puntada de su costura, poemas enmarañados é imposibles que la produzcan vértigo y caidas, si no se los dan hechos de antemano por alguno de esos maestros del corazon, diestros en educarle y en conducirle con riendas de seda.

Las cosas mas visibles se nos esconden entre las sombras de nuestras distracciones. Desdeñamos la poesía mientras que todo es música y poesía en la naturaleza, puesto que cantan las aves, susurran las ramas y los arroyos, y silba el huracan, en las montañas, en la cima de las ondas hinchadas del mar. El libro por escelencia, la fuente perenne de la mejor moral, el que rebosa en

espíritu de sabiduría, ya que le dictó el Espíritu Santo; el código de nuestra religión, en una palabra, está escrito en verso con el cálamo de los vates. David lo era, y compuso en rima su Salterio para que fuese más digno de Jehová. Job se lamenta en consonantes hebraicos, y los Profetas vieron lo futuro porque estaban dotados con los ojos inspirados de aquellos seres que viven en el porvenir.

Por consentimiento unánime de las naciones civilizadas, los maestros primeros de la juventud son los poetas. Virjilio, Horacio, desde que renacieron las letras, son quienes abren las puertas del alma á la claridad de lo bello, imprimiendo el carácter de su intelijencia á cuantos cultivan sus facultades intelectuales en las escuelas y liceos. Sus nombres, sus gustos, sus ideas, á manera de ondas que cunden sin detenerse ni agotarse, pasan de jeneracion en jeneracion, rejuveneciéndose por medio de mil traducciones y comentarios que dan á luz las imprentas de ambos mundos.

Los grandes reyes y los héroes famosos, necesitan para no caer en profundo olvido, que la mano piadosa de la historia los levante, de tiempo en tiempo, de sus tumbas. Los grandes poetas siempre están vivos en la memoria, y nacen dia á dia, como soles, sobre el inmenso horizonte de la literatura.

El poeta es el único mortal que se trasustancia en pueblo y se convierte en muchedumbre; el único capaz de interpretar en lo presente, en el tiempo que fué, en el que ha de venir, la índole, el sentimiento y las aspiraciones de toda una nacion. El alma de Schiller es el alma de la Alemania. Dante es despues de seis siglos, el representante *lejítimo* de la Italia en el dia que se incorpora unida y casi íntegra en la Asamblea de las naciones independientes. Los dias de esos mortales se cuentan por centurias, y las fiestas natalicias que se les consagra, son solemnidades seculares como las que la antigüedad consagraba á los Dioses.

El hálito de los pechos que ellos saben conmover, es el fluido que los levanta á tan eminentes alturas. Todas las opiniones, todas las creencias, los intereses mas rivales, se ponen de acuerdo para aplaudirlos y para amarlos. Son como luceros del cielo estrellado, sublimes, hermosos para cuantos pueden levantar la vista mas arriba del techo de sus casas.

La singularidad de este destino de los poétas se esplica por la funcion que desempeñan: está prevista por el mismo Dios. Si el océano careciese de ciertas sales con que le dotó aquel gran químico, sus aguas estarian muertas y pestilentes como las de un lago maldito. La poesia es el grano de

aroma que mantiene incorruptible á la sociedad que se ajita en el piélagó de sus malas pasiones. Es la oracion al cielo que nos le vuelve propicio y nos alcanza su misericordia; es el vínculo de union de nuestros espíritus con el eterno espíritu. Allí donde hay poesía hay santidad, consuelo, alegría, porque ella es bálamo, brisa y luz.

Su poder se manifiesta y se encierra en un átomo, como el incendio en una chispa. Tanto puede contenerse en un poema como en un renglon, y basta una pájina inspirada de poesia para inmortalizar el nombre de quien la subscribe. Santillana, Manrique, Cetina, Alcazar, son nombres imperecederos en la literatura poética de la España, y sin embargo las obras completas de estos afamados autores podrian contenerse en veinte pájinas in 8º. Con la mejor prosa no habrian conseguido semejante milagro, ni llegar hasta los tiempos actuales presentando tan cortos renglones como título á la celebridad. D. Alfonso Tostado, por ejemplo, con todo el bagaje de sus veintisiete folios de *opera omnia*, apénas es conocido por uno que otro teologazo y por la polilla, y solo ha conseguido con su prodijiosa facundia que se le tenga por modelo, un tanto irrisorio, de constancia en ennegrecer papel blanco.

La lectura de los poétas es una necesidad

impuesta por la naturaleza, é impera tanto en nosotros como la de nutrirnos. Hasta las horas de este pasto de nuestra sensibilidad, están señaladas en la sabiduría de su código. Al comenzar el día, entre el rumor de los aires mansos y las “gracias á Dios” de los seres que despiertan del sueño; en la tarde, á la luz mística del último rayo del sol que nos abandona, experimentamos ciertas sensaciones vagas y melancólicas cuya significacion solo puede dárnosla la ciencia del alma, que es la poesía. Entónces apelamos á los poétas, y ellos nos preparan con sus himnos armoniosos á comprender la solemnidad del día ó de la noche en que vamos á entrar, y á conducirnos como hombres durante las veinticuatro horas de ese instante que media entre la aurora y el ocaso del sol.

Si hay cielos y climas propicios á la imaginacion como los de Grecia é Italia, deben contarse entre ellos los del Nuevo-mundo, en donde sus primeros descubridores creyeron hallar el Paraiso terrenal, y admiraron constelaciones desconocidas y esplendentes. No solo el mundo material se agrandó con el hallazgo de América, sino que tomó creces con él la fuerza intelectual del hombre, á quien vemos desde fines del siglo xv, desplegar mayor inventiva y audacia. Colon, piloto y cosmógrafo, se transforma

en poeta en presencia de las primitivas y fragantes florestas, y dirige á los Reyes Católicos aquellos bellísimos trozos de poesía descriptiva, rebosando en profundo sentimiento de la naturaleza, que la historia nos ha dado á conocer con el humilde título de cartas. Su vida misma es una odisea, asi como las narraciones de las proezas de los conquistadores pueden considerarse como Romanceros escritos con sus espadas tintas en sangre de indíjenas.

Pero existen hechos mas positivos para demostrar la influencia que nuestro continente ejerce sobre las facultades de crear y de sentir. Los españoles no han notado esos hechos ó intencionalmente los han dejado sin mencion, siendo así que se manifiestan por sí mismos. ¿Cómo podrá negarse que la musa épica de los castellanos, es una Amazona americana? En sus manifestaciones mas robustas y bellas, es hija legítima y fruto propio de las rejiones vírjenes en donde la luz, el aire, el agua, los vegetales, revelan misterios al pensamiento y á la espresion de quienes comprenden y oyen su lenguaje.

Conviene los mejores críticos en que los poemas sobresalientes del parnaso de nuestros padres, son tres: la Araucana, el Bernardo y la Cristiada. Pues bien, todos tres fueron escritos en América. El primero, por

el noble batallador Ercilla; el segundo por un obispo, maestro tanto ó mas que Ovidio y Petrarca en achaques del corazon, apellidado Valbuena; el tercero por un santo varon que parece embriagado en el amor del crucificado cual si hubiera bebido del vino hecho sangre de la última cena. En estas tres producciones resalta sin esfuerzo el sello impreso por el lugar en que fueron concebidas. Las octavas de Ercilla resuenan como clarines de guerra y pintan caractéres inquebrantables y hechos de bravura y de patriotismo dignos de los hijos jamas domados de las selvas y breñas de Arauco. La impetuosa fantasia de Valbuena corre con estremada libertad en sus cantos y complicados episodios, á remedo del magnífico desórden con que la naturaleza sembró los bosques de ceibas y desató los tortuosos torrentes sobre el suelo de las Antillas. Y, bajo la apacible atmósfera de la ciudad de los Reyes ¿qué otras inspiraciones que las del amor y de la caridad pudieran despertarse en las sensibles entrañas del Padre Ojeda?

Antes que la civilizacion cristiana penetrase en América, era ya muy estimado en ella el talento poético.

Algunos príncipes mejicanos, difundieron las máximas de la moral, lloraron su esplendor decaido y celebraron los primo-

res de la naturaleza, bajo las formas de la poesía. El nombre de *Harabicus*, con que se distinguian los vates durante el reinado de los Incas peruanos, significaba en lengua de los mismos, *inventor*, probando así que exijian de sus cantores el ejercicio de la mas alta facultad del espíritu humano. La voz de los harabicus, segun el testimonio de Garcilaso, se alzaba en los triunfos, en las grandes solemnidades del imperio; y sus poesías como la historia estaban destinadas á perpetuar el recuerdo de las hazañas y de los acontecimientos nacionales.

Mas no por eso estaba encerrada exclusivamente la poesía en aquellos emporios de civilizacion antigua. Las tribus indómitas que inspiraron los cantos de Ercilla, tenian sus *Jempin*, nombre espresivo que significa “dueños del decir,” y que conviene perfectamente á los poétas de Arauco, estando á la opinion de uno de sus mas afamados cronistas.

Quienes adoraron al astro del dia como una de sus primeras divinidades, debieron experimentar el entusiasmo que distingue al poéta, ayudándose para espresarlo de las imágenes pintorescas propias de los idiomas primitivos. Por esa razon es, que segun los viajeros en América y sus numerosos historiadores, casi no hay una tribu, ya more en las llanuras ó en las montañas, que no

posea sus varones inspirados y su poesía mas ó menos rústica.

Cuando la lengua de Castilla se arraigó en la parte meridional de nuestro continente, sus hijos enriquecieron á la madre patria “no ménos con los tesoros de su suelo que con sus aventajados talentos que fecundiza un sol ardiente y desarrolla una naturaleza grandiosa y magnífica.”¹ Ellos cantaron en el habla de Mena y de Leon,

no con ruda zampona
sino con lira grave²

y muchas y muy lozanas hojas del Laurel de Apolo, dejó caer el monstruo de los ingenios españoles sobre sienes americanas.

D. Juan de Alarcon, guia del gran Corneille en sus mas celebrados aciertos, y la vírjen mejicana, de quienes estensamente nos hemos ocupado en este mismo periódico, no son los únicos nombres gloriosos del Parnaso Americano en la época colonial. Oña, Castellanos, Aguirre, Delso, Olavide, son los precursores de Navarrete que rivaliza con el autor de la “Noche Serena” en elevacion y candor; de Gorostiza que logró colocarse á la par de Moratin,

1 D. E. Ochoa—Tesoro del teat. Español, T. V.

2 Lope de Vega—Lauro de Apolo, publicado por primera vez en 1630, hablando de un antiguo poeta chileno.

entre Martinez de la Rosa y el fecundo Breton de los Herreros, y de otros muchos que como Lavarden en el Rio de la Plata, cultivaban la literatura poética espontáneamente y casi sin estímulo.

Por entónces el sonido de las liras americanas, se perdía entre el grande concierto de las españolas: el hilo de agua, por decirlo así, se engolfaba sin dejar huella en el mar á cuyo alimento contribuía. Pero la revolucion política que convirtió los Virreynatos en Repúblicas, encordó con bronce aquella lira. Y como la única ocupacion de los brazos fué el manejo de la espada, y la victoria la esclusiva inspiratriz del injenio, el carácter de la poesía, durante la lucha de la emancipacion fué puramente guerrero.

Entónces canta Fernandez Madrid al *Padre de Colombia* y á los *Libertadores de Venezuela*; Lopez entona su *himno* imperecedero; Olmedo eterniza el nombre de *Junin* á par del suyo; y otros muchos entusiastas y nobles siguen el carro de la victoria hasta el término de su carrera.

De entónces hasta los dias actuales, toma la poesía otra direccion en América.

Los poétas pudieron pensar en sí mismos é interesar con sus dolores ó con sus dichas personales. Las flores, el cielo, la mujer, la naturaleza, la tradicion histórica, los recuer-

dos, en fin, hijos del silencio, entraron como colorido en el pincel del poeta. Aquellos mismos que antes cantaron á los héroes, cantan á las *Rosas*, ó vierten á la lengua materna las descripciones de Delille ó los pensamientos de Pope. Pesado traduce á David y se inspira en los sagrados libros. Varela (infatigable atleta poético) traduce á Horacio y muere con la Eneida en la mano esforzándose por continuar la version de este poema.

Todos nuestros escritores en verso han respetado religiosamente las conveniencias de la decencia y de la moralidad y cada uno ha podido escribir al frente de sus producciones estas palabras de un vate de la antigüedad: “Sacerdote de las Musas, canto para las almas inocentes y puras.” La trivialidad no tiene sonido en la lira americana. Sus notas son levantadas y nobles como son grandiosos los objetos de la naturaleza que la inspira. El cinismo y las provocaciones á la risa, propias de las literaturas achacosas y artificiales, se buscarán en vano entre los buenos versos firmados por nuestros poetas.

Esta distinguida calidad puede esplicarse por sus antecedentes personales, pues los mas de ellos se educaron para el foro, se sentaron en las Asambleas legislativas, representaron á sus gobiernos en paises es-

tranjeros, los presidieron á veces, y siempre pertenecieron al movimiento político ó á la administracion de sus respectivas repúblicas.

El pensamiento, pues, que hemos concebido y queda anunciado, al comenzar estas líneas, llenará diferentes objetos, mas serios que el mero agrado de los lectores del **CORREO DEL DOMINGO**. Vamos á presentar ante sus ojos, una de las mas nobles faces del cuadro literario de la sociedad hispano-americana, y con ella los títulos que esta ha conquistado para que se la considere como una de las mas civilizadas y cultas del mundo.

Juan M. Gutierrez.

(Artículo publicado en el **CORREO DEL DOMINGO** núm. 92 del 1° de Octubre de 1865.)

• Una lagrima de felicidad.

Solos, ayer, sentados en el lecho
Do tu ternura coronó mi amor,
Tú, la cabeza hundida entre mi pecho,
Yo, circundando con abrazo estrecho
Tu talle encantador;

Traquila tú dormías, yo velaba.
Llena de los perfumes del jardín,
La fresca brisa por la reja entraba,
Y nuestra alcoba toda embalsamaba
De rosa y de jazmín.

Por cima de los árboles tendía
Su largo rayo horizontal el sol,
Desde el lejano ocaso do se hundía:
Inmenso, en torno dél resplandecía
Un cielo de arrebol!

Del sol siguiendo la postrera huella,
Dispersas al acaso, aquí y allí,
Asomaban con luz trémula y bella
Hacia el oriente alguna ú otra estrella
Sobre un fondo turquí.

Ningun rumor, ó voz ó movimiento,
Turbaba aquella dulce soledad;
Solo se oia susurrar el viento,
Y oscilar, cual un péndulo, tu aliento
Con plácida igualdad.

Oh! yo me estremecí! . . . Sí de ventura
Me estremecí, sintiendo en mi redor
Aquella eterna fúljida natura;
En mis brazos vencida tu hermosura!
En mi pecho el amor!

Y cual si alas súbito adquiriera,
O en las suyas me alzara un serafín,
Mi alma rompió la corporal barrera,
Y huyó contigo de una en otra esfera,
Con un vuelo sin fin!

Buscando allá con incansable anhelo,—
Para tí, para mí, para los dos,—
Del tiempo y de la carne tras el velo
Ese misterio que llamamos cielo;
La eternidad de Dios!

Para fijar allí seguro y fuerte,
Libre de todo mundanal vaiven,
Libre de los engaños de la suerte,
Libre de la inconstancia y de la muerte,
De nuestro amor el bien!

Y en un raptó de gloria, de improvisó,
Lo que mi alma buscaba hallar creí;
Una secreta voz del paraíso
Dentro de mí gritóme: “Dios lo quiso
Sea tuya allá y aquí.”

Y enajenado, ciego, delirante,
Tu blando cuerpo que el amor formó,
Traje contra mí pecho palpitante. . . .
Y en tu faz una lágrima quemante
De mis ojos cayó!

Ay! despertaste. . . . Sobre mí pusiste
Tu mirada, feliz al despertar;
Mas tu dulce sonrisa en ceño triste
Cambióse al punto que mis ojos viste
Aguados relumbrar!

De entonces acá. . . . Oh amante idolatrada,
Mas sobrado celosa! huyes de mí;
Si á persuadirte voy no escuchas nada,
O de sollozos clamas sofocada;
“Soy suya y llora así!”

Oh! no, dulce mitad del alma mia!
No injuries de tu amigo el corazon;
Ay! ese corazon en la alegria
Solo sabe llorar cual lloraria
El de otro en la afliccion!

El mundo para mí de espinas lleno,
Jamás me dió do reclinar la sien;
Hoy de la dicha en el primer extremo,
El lloro que vertí sobre tu seno
Encerraba un Eden!

—Oh! la esposa que jóven y lozana
Diez hijos á su esposo regaló,
Y que despues vídua, enferma, anciana,
A sus diez hijos en edad temprana
Morir y enterrar vió:

Esas mujer que penas ha sufrido
Cuántas puede sufrir una mujer;
Esa madre infeliz que ha padecido
Lo que tan solo la que madre ha sido
Alcanza á comprender

Ella, pues, cuando á buenos y á malvados
Llame á juicio la trompa de Jehová,
Sus diez hijos al ver resucitados,
Al volver á tenerlos abrazados
Oh! de amor llorará.

Y de esa madre el dulce y tierno llanto
A la diestra de Dios la hará subir,
Y tal será su suavidad y encanto
Que en su alta gloria al serafin mas santo
De envidia hará jemer.

Mas ese llanto del amor materno,
Vertido en la presencia del Señor,
Al entrar de la vida al mundo eterno
No, no será mas dulce ni mas tierno
Que el llanto de mi amor.

JOSÉ EUSKIBIO CARO.

A la muerte de un joven.

Quién no te llorará flor del desierto!
Olor fugaz que al mundo no llegó!
Alma de amor que á nadie odiar supiste!
Brisa del mar! Emanacion de Dios!

Solo una vez en instantáneo abrazo,
Latir sentí tu jóven corazon;
Mas tal latido reveló tu alma,
Y fuí tu amigo desde entónces yo.

Tan dulce fué, tan triste fué tu muerte
Como el postrer reverberar del sol,
Cuando en el mar la frente rauda alumbraba
Del marinero que le dice adios.

Si en otra forma existes todavia,
Y en esa forma al mundo vienes hoy;
Yo te he visto en la lágrima preciosa
Que tu hermana al nombrarte derramó.

JOSÉ EUSEBIO CARO.

Cancion indiana.

Entre las sombras mudas,
Por esta alzada loma,
Yo busco á mi paloma
En alas del amor.
Yo voy á sorprenderla
Allá en su mismo nido,
Solitario y querido,
Antes que nazca el sol.

La dí un hilo de cuentas,
Que siempre al cuello lleve;
Tres blancas cual la nieve,
Indican su candor:
Tres verdes mi esperanza
De gozar sus favores;
Tres negras mis temores;
Y tres rojas mi amor.
*Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.*

Cual conchita de nácar
De perlas guarnecida,
Su boca reducida
Exhala grato olor.

Sus ojos, de paloma
Que arrulla lastimera;
Su larga cabellera,
Es un campo de arroz.
*Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.*

Sus májicas palabras
Son bálsamo suave,
Que las heridas sabe
Curar del corazon.
Sus pechos son cabritos
En un dia nacidos;
De una madre paridos
Y de un mismo color.
*Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.*

Cubra su dulce aliento
De sombra voluptuosa,
Esta hacha luminosa
Que mi amor encendió.
Yo alegraré su seno,
Cual alegra el rocío
En el ardiente estío
Las yerbas y la flor.
*Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.*

Oh Mila! que yo vea
Pendiente de tu seno,
Y de mil gracias lleno
El fruto de mi amor.
No temeré, mirando
Su sonrisa agraciada,
Ni la vejez, helada
La muerte ni el dolor.
*Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.*

La Patria en él poniendo
Su gloria y su esperanza
Le fiará la venganza
De su ultrajado honor.
Y meciendo su cuna
Fumaré en paz sabrosa
Mi pipa deleitosa
Cantando esta cancion:

“Entre las sombras mudas
Por esa alzada loma
Yo busqué á mi paloma
Antes de ver el sol.

Yo vine á sorprenderla
Aquí en su mismo nido.
Solitario y querido
Y aquí pagó mi amor.”¹

JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO.

1 Los antiguos americanos, que la culta Europa llamó indios, regularmente no vivían formando pueblos, sinó entre los montes, en cabañas, separados unos de otros. Cuando un jóven amaba iba por la noche á la choza de su amada con una hacha encendida; y si la vírjen la apagaba con su soplo, era señal que admitia á su amante favorablemente. La noticia de esta costumbre y la observacion de que el valor marcial y el amor á la patria eran las primeras virtudes de aquellos amables hijos de la naturaleza, basta para entender bien esta cancion, en la que se ha procurado imitar, en lo posible, el estilo de aquellos tiempos.

El Hacha.

I.

Soberbia estás, hacha mía;
ancha, afilada, brillante,
que puedes partir la frente
al toro que ose probarte!
—Solo contigo, en los bosques
voy por siempre á sepultarme;
ya que los hombres me niegan
una tumba en sus ciudades!
En mi patria me espulsaron
de la casa de mis padres;
y hoy tambien el extranjero
me ha cerrado sus hogares.
Vamos, pues, que ya estoy listo!
Oh! salgamos de estas calles,
do el dolor del desterrado
no puede comprender nadie!
Ay! tú me entretenias
en mi niñez;
acompaña los días
de mi vejez!

II.

Yo, en nuestra contínua fuga
al hombro voy.   llevarte;
y tú mi bordon y apoyo
serás cuando ya me canse.
Cruzado, sobre el torrente
que mi fugaz planta ataje,
t  echar s del borde el árbol
para que encima yo pase.
Si del Norte al viento frio,
diente con diente estrellare;
t  derribar s las ramas
y herir s los pedernales.
T  preparar s mi lumbre,
t  preparar s mi carne,
la choza en que me recoja,
y hasta el lecho en que descanse!
Ay! tú me entretenias
en mi niñez;
ayúdame en los días
de mi vejez!

III.

Tendida junto   mi diestra,
muda, inmóvil, formidable,
me velar s cuando al sueño
mis párpados se cerraren:
si del tigre el sordo paso,
si el grito de los salvajes,
sonando en la oscura noche
del peligro me avisaren;
en mi mano, apercebida,
relumbrar s al instante;
y del triunfo   la derrota
siempre llevarás tu parte.

—Ay! cuando ya luzca el dia,
huiremos á otros lugares:
yo débil, cansado, y triste;
tú, roja con fresca sangre.

Ay! tú me entretenias
en mi niñez;
defiéndeme en los dias
de mi vejez!

IV.

De camino veré á veces
las escelsas capitales,
lejanas dorarse al rayo
del róseo sol de la tarde:
y esos rayos-vespertinos
en tu hierro centellante,
cual relámpagos de oro,
veré tambien reflejarse!
O del mar á la alta orilla
suelos los pies en el aire,
al son cantaré del viento
los viejos patrios romances:
y tú, de lomo, á la roca
sin cesar dando en la base,
el compás irás notando
con tus golpes resonantes!

Ay! tú me entretenias
en mi niñez;
consuélame en los dias
de mi vejez.

V.

Oh! si: consuela al proscrito!
oh! nunca, nunca le faltes!
veces de madre y querida,
de patria y de amigos hazle!

que la patria huyó dél lejos,
y tranquilos en sus lares,
allende el mar se quedaron,
amigos, querida, y madre!
Oh! nunca, nunca me dejes!
sígueme á las soledades!
No abandones el proserito
sin que una tumba le escaves!
—Por el mango hundida en tierra,
tu hoja se alzaré en los aires;
y del pico de los buitres
defenderá mi cadáver!
Ay! tú me entretenias
en la niñez;
No abandones los dias
de mi vejez.

JOSÉ EUSEBIO CARO.

A la Luna.

Tú, que vestida de luciente plata,
Tú, que cercada de húmedos albores,
Rijes el carro de la noche umbría
Astro de amores!

No luzcas, nó, como lucir te vía
En horas ¡ay! que bendijera el cielo,
Hoy que el destino mi existencia amarga
Cubre tu duelo.

Si quieres ¡ay! que tus encantos ame,
Retira ya tu lámpara importuna;
Mientras recuerdo mi perdida gloria
¡Vélate, Luna!

Cual otro tiempo mi ventura viste
Ves impasible mi presente pena:
Sobre ruinas de la dicha mía
¡Brillar serena!

Y era la misma á quien aroma y culto
Mi alma inocente tributaba un día,
Y en holocausto un corazón amante
Leda ofrecía.

A tí elevaba mi inspirado canto,
Cual puro incienso de sagrada pira
Hoy en mis labios la doliente queja
Trémula espira.

A tí la ley que á nuestro globo rije
Y al hombre triste á padecer condena,
La ley eterna de mudanza y duda,
No te encadena.

Ni ves pasar tu juventud lozana
Ni ves secarse de tu luz la fuente,
Ni el engaño con su mano impía
Marca tu frente.

Si parda nube, de tu luz celosa,
Por un instante tus encantos vela,
Para lanzarla de tu escelso trono
Céfiro vuela

Y vencedora tu apacible lumbre,
Mas pura torna y fúljida aparece,
Mientras la nube que enlutó mi vida
Mas se oscurece.

Si de la tierra tu esplendor retiras
Y noches hay de oscuridad, de duelo,
Vuelves cual antes, y apacible y jóven,
 Mirate el suelo.

Mas nunca torna para mí la lumbre
Que ausente jimo, que eclipsada lloro
¡No tiene el alma, como tú, de vida
 Rico tesoro!

Siempre serena, inalterable siempre,
Tu marcha sigues compasada y lenta,
Nunca te ajita de pasion insana
 Ruda tormenta.

Fanal divino el marinero te ama;
Lámpara fiel en los sepulcros brillas;
Nunca ambicionas superior esfera;
 ¡Nunca te humillas!

De tu destino complacido gozas;
Con tu alba luz al trovador inflamas;
Y en las modestas y adormidas flores
 Perlas derramas.

Al amor place tu destello suave;
Tu palidez á la tristeza halaga,
Y al que venturas de ambicion soñando
 Plácido vaga.

Mas al dolor que me desgarras el pecho
Tu helada calma hiere é importuna;
Si quieres ¡ay! que tus encantos ame
 ¡Vélate luna!

El beso en el espejo.

Su belleza virjinal
Contemplaba *Ella* al espejo,
Y *El* que adora su reflejo,
Le dió un beso en el cristal.

Con sus alas el pudor
Cubrió su rostro ese instante,
Y ella sintió en el semblante
Súbita encarnada flor.

Y adelantando los brazos
Para truncar el reflejo,
Dió con la mano al espejo
Que dividió en dos pedazos.

El fué de otro beso en pos
A la imájen de su amada,
Y en el cristal retratada
Vió de su semblante dos.

Otros dos fueron aquellos
Besos de infito ardor;
Y una esperanza de amor
Había en cada uno de ellos.

Centulcapda veía
Ella su faz celestial
Mientras el limpiocrystal
En mas pedazos rompía.

Y al cabo cedió en su empeño;
Pues su rostro anjelical
Retrataba siempre igual
El pedazo mas pequeño.

Si quieres, niña jentil,
Truncar así mi ilusion,
Tendrás en mi corazon
No un espejo sinó mil.

Que hay de amor eternos lazos
Y rostros que no se borran,
Por mas que las horas corran
Y que el alma esté en pedazos.

Mi corazon es tu espejo
Y si lo rompe tu amor,
Cada fibra de dolor
Tendrá entero tu reflejo.

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY

Soneto.

Fugaces brisas de la fresca tarde
Que dais mil besos á la flor naciente;
Hijas mimadas del verano ardiente;
Si de sentir y amar haceis alarde,

Ved á ese junco que dobló cobarde
Sobre la onda fugaz su esbelta frente,
Mientras resbala la lijera fuente
Burlando al triste que en amores arde.

Vedlo y ligeras detened un tanto
De esa fuente veloz la incierta huella,
Que si la flor al contemplar su encanto,
Con su alba frente la corriente sella,
Siempre á vosotras alzaré mi canto
Que ese junco soy yo, la fuente es ella.

EUSEBIO LILLO.

La musica de las Palmas.

¡Qué son! Qué voz! Qué májica armonía
Del aire se desprende en leves jiros,
Llorosa como el ¡ay! de la agonía
Que exhala el corazon entre suspiros!

No de las hojas son los ayes vagos
Cuando marchitas bajan á la tierra,
Ni el lento murmurar de mansos lagos,
Ni el jemido del viento en la alta sierra.

Es música de espíritus que moran
Entre las pencas de las verdes palmas,
Encadenados mártires que lloran
La historia acaso de olvidadas almas.

Es música del cielo misteriosa
Que amores dice remedando quejas,
Como el céfiro libre, y melodiosa
Como el blando zumbar de las abejas.

De noche, cuando espléndida la luna
Sus vivos rayos á la tierra envía,
Las palmas nos repiten una á una
Las frases de tan plácida armonía.

Nos las repite el eco que resuena
Entre las alas del sonoro viento,
Cuando nos finje en triste cantilena
Leve suspiro ó funeral lamento.

Y el alma entónces la percibe suave,
Sin que pueda alcanzar en su embeleso,
Si es la voz querelosa de algun ave,
O el eco celestial de un casto beso.

¿Quién en Cuba no oyó vibrar sonora
En cada palma el arpa de un poeta,
Que alegre canta ó en silencio llora
Herido el pecho por fatal saéta?

¿Quién á deshora no escuchó temblando
La misteriosa voz de un alma ausente,
Que entre las palmas vive suspirando
Con su pasado bien, su mal presente?

¿Quién no recuerda en tarde solitaria,
En plácido vagar embebecido,
Oyendo de las palmas la plegaria
El ¡ay! de un corazon no haber oído?

La lira de los bardos orientales,
El arpa eólica que en los bosques suena,
Pueden cantar los goces terrenales,
Mas no aliviar del corazon la pena.

Sonoras pueden, requiriendo amores
En indolente calma noche y día,
Enardecer los lúbricos ardores
Del fatigado cuerpo en la agonía.

Mas nunca el alma que se juzga buena
Y que ama á Dios y su clemencia implora,
Podrá hallar en el son de una cadena
La misteriosa voz que la enamora

¡Oh patria! yo bendigo entusiasmado
La cuna en que nací bajo tu cielo,
Y este raudal inmenso que me has dado
De evanjélico amor y de consuelo.

En tí bendigo yo las maravillas
Con que el cielo nos brinda á todas horas,
Que tú á mis ojos mas hermosa brillas,
Cuando mas triste y oprimida lloras.

Por eso á solas cuando el sol desmaya
Y su corona arroja entre los mares,
Absorto escucho en la desierta playa
El eterno jemir de los palmares.

Y en amoroso y vago devaneo
La cuerda del dolor inundo en llanto,
Cuando escuchar en los palmares creo
La dulce prenda por quien lloro tanto

La dulce prenda que en mejores dias
Aquí en mi corazon mezcló amorosa,
Con las mas bellas ilusiones mias,
La flor de los suspiros misteriosa.

Ay! yo nunca pensé que tan süave
Pudiera detenerse en el camino
De mi vida infeliz la triste nave
Donde navego errante peregrino.

Yo no pensé jamás que el sentimiento
Purísimo de amor que el alma encierra
Trocado en religioso arrobamiento,
Me hiciera sin temor dejar la tierra.

Mas, pueda yo morir, morir gozando
Como las nobles y sensibles almas
Sobre un lecho de rosas, escuchando
La música solemne de las palmas.

Y la muerte vendrá sin que me asombre,
Y mi postrer adios será un jemido,
Única prenda acaso que mi nombre
Eternice á despecho del olvido.

RAFAEL MENDIVE.

Recuerdos de una mujer.

I.

Quando yo era una niña en el regazo
De tierna madre, en mi mejilla pura
Sentí caer su lágrima sublime
Tras un beso de anjélica ternura,
Y una voz escuché secreta y dulce
Como la voz del viento que susurra.

Y era el amor filial del alma mia
Que del beso y la lágrima nacía.

II.

Luego mas tarde en noche alegre y clara
Ví la pálida luz de alguna estrella
Allá en la inmensidad donde la gufa
La mano de la santa Omnipotencia:
Bajé mis ojos, se oprimió mi pecho,
Y el corazon me palpitó con fuerza.

Y era el fuego, el volcan, la poesía
De un amor de quince años que nacía.

III.

Era ya madre, y yo mecía la cuna
Donde mi hermoso niño se dormía:
Allí estaba mi cielo y mi esperanza,
Mi ambición, mi universo y mi familia;
Y fuí á besar su frente, y al besarla
Mi lágrima rodó por su mejilla.

Y era la luz, la santa idolatría
Del amor maternal que ya nacía.

IV.

Ahora la nieve de vejez tediosa
Blanquea la cumbre de mi vida amarga:
Ellos duermen el sueño de la tumba,
Y alguna vez que escucho la campana
Que llama al templo, doblo la rodilla
Y oigo la voz del ángel de mi guarda.

Es el amor de Dios que ya me guía
A la vida inmortal del alma mía.

MANUEL T. TOLON

La locomotiva.

Ni el Cóndor de los Andes que alza el vuelo
Desde su nido hasta la azul rejion,
Y rasgando la túnica del cielo
Hiende las nubes que ilumina el sol;

Ni el fiero musulman de tez morena
Cabalgando en el árabe corcel,
Que corre y graba en la movable arena
La media luna de su herrado pié;

Ni el barco humeante cuyo peso abrumba
Y fatiga las olas de la mar
Que huyen jimiendo en desgarrada espuma,
Como luçiente polvo de cristal;

Ni el areonauta audaz, ni la lijera
Góndola del Adriático veloz,
Aventajan al monstruo en la carrera
Con sus alas de fuego y de vapor.

¿No veis? Ya rueda. De su entraña **hirviente**
Que bulle cual la lava del volcan,
Arroja larga flecha de humo ardiente
Como la blanca espuma de la mar.

Lanza á las nubes estridente grito
En su hálito de fuego abrasador,
Y corre arrebatando al infinito
El ála del relámpago y la voz.

Comprime sus entrañas bullidoras,
En su seno palpita el frenesí,
Y el monstruo vuela á devorar las horas,
Y el tiempo y el espacio y el confin.

Mas que el torrente que á la mar ligero
Se arrastra en pavorosa rapidez,
Ajitando sus músculos de acero
Corre el monstruo del siglo sobre el riel.

Parece apénas que la tierra toca
Pasando como el rápido aquilon,
Y olas vomita de su ardiente boca
Jadeante con hórrido estertor.

Y el muro, el árbol, la montaña, el río
Todo se vé en su vértigo jirar
Como sombras de un loco desvarío
En un baile fantástico, infernal.

Vuela y esparce retemblando el suelo
Sus huellas de rocío y de carbon,
Mientras fluctúa en el azul del cielo
Cual larga nube su penacho en pos.

Terrestre Leviatan! Vucla! Devora!
Con tu ala de vapor azota el viento;
Lleva á la noche el rayo de la aurora
Y al hombre esclavizado el pensamiento!

Como antorcha del siglo brilladora
Alumbra al pueblo de la luz sediento,
Para que escriba en su pendon de guerra:
—El pueblo es rey y su sitio la tierra!

CÁRLOS AUGUSTO SALAVERRY.

La adolescencia.

Hay en las flores de la existencia
Cuando empezamos á despertar,
Un breve espacio que la inocencia
Solo ilumina con luz fugaz.

Es el hermoso raudó momento
Que sigue al sueño de la niñez,
Cuando en el fondo del pensamiento
Surje la imájen de la mujer.

El alma entónces como otro cielo
Se inunda toda de suave luz,
Y la circundan como en un velo
La infancia que huye; la juventud.

Todo es en ella grata armonía,
Músicas dulces y sed de amor;
Y es de sus horas la poesía
Fuente que arrulla con su rumor.

La mente avara mira una sombra
Que en lontananza se vé vagar,
Es esa imájen que no se nombra,
Mezcla del ángel y del mortal!

Su esencia aspira; ciega se lanza
Tras de sus huellas, fuera de sí;
Y en los senderos de la esperanza
Vive con ella soía y feliz!

Ay! cuán veloces llevan los días
En su corriente triste y fugaz,
Los castos sueños, las melodias,
Y los deleites de aquella edad!

JOSÉ ARNALDO MARQUEZ.

La golondrina,

Ave de las negras plumas,
Golondrina,
Que rasgando las espumas
Vas bebiendo en curso vago
El agua del patrio lago
Cristalina.

Ave de rápido vuelo,
 Que improvisas
Un viaje al azul del cielo,
Y al ver las campestres galas
Vuelves al campo las alas
 Indecisas.

Tú que cruzas de ola en ola,
 Palpitante,
Sin que mire una vez sola
Con quién loca te entretienes,
Porque alegre vas y vienes
 Delirante.

Pajarillo entusiasmado
 Con el viento,
¡Cuántas veces he pensado,
Que, como tú, fujitivo,
También puedo alzar mi altivo
 Pensamiento!

Siempre haciendo en ráudo jiro
 Loco alarde,
Avecilla, yo te miro
Cómo bajas, cómo subes,
Ya en el viento, ya en las nubes
 De la tarde.

¿Es por la luz que te alegras
 Incendiaria?
Ave de las plumas negras,
Al ver la estrellada alfombra,
¿Es que la noche te asombra
 Solitaria?

Tan pronto en verde paisaje
 Te contemplo,
Como en el seco ramaje,

Como en la fuente que corre,
Como en la pardusca torre
De algun templo.

Ya visitando los muertos,
Importuna,
Oyes los ruidos inciertos,
El rumor de las ciudades,
A las tristes claridades
De la luna.

Ya, si la flor campesina
Cierra el broche,
Tú te alejas, golondrina,
Por escuchar la primera
La campana plañidera
De la noche.

Saliendo á veces del monte
Sin fatiga
Vas derecho al horizonte
Con tal soltura y donaire,
Que no hay ave por el aire,
Que te siga.

Y luego allá de las nubes,
Maravilla
Despues que tan alto subes
Al ver que tus plumas ajas
Cierras tus alas y bajas,
Avecilla.

Tal, siendo niño, gozando
Mi desvío
Me divertia arrojando
Las conchas que iba cojiendo,
Por verlas despues cayendo
Sobre el rio.

¡Ay! entónces mi fortuna,
Mis amores
Eran el sol, la laguna,
Sus barquillas, y los nidos
En los ramos suspendidos
De las flores.

Con los niños compañeros
De mi infancia,
Trepaba á los cocoteros;
Y cuando en alto me via
Era grande mi alegría,
Mi arrogancia.

Que acaso yo de mil modos
Me pensaba
Que era mas grande que todos,
Y de orgullo satisfecho
El corazon en mi pecho
Palpitaba.

Sueño sin luz y sin nombre
Tan profundo,
Que lanza despues al hombre,
Para realizar su instinto,
Por el ancho laberinto
De este mundo.

Sueño de ardiente cariño
Sobrehumano;
Porque es allá cuando niño,
Que se abriga en la memoria
Ese sueño de la gloria
Soberano.

¡Ah, la gloria! . . . es un delirio
Luz soñada,
Que se convierte en martirio
De la frágil existencia.

¡Ah, la gloria! . . . es la demencia,
Sombra y nada!

Lo sé; mas volar te veo
Por las nubes
Ave, y mi muerto deseo
Se aviva, y lloro, y me afano,
Y quiero subir en vano
Cual tú subes.

Que si algo estimo esta vida
Transitoria,
Es que en mi mente se anida
La esperanza, el loco empeño
De darle cima á ese sueño
De la gloria.

Pajarillo entusiasmado
Con el viento,
¡Cuántas veces he pensado
Que á tu vuelo raudo, altivo,
Es igual mi fujitivo
Pensamiento!

JOSÉ R. YÉPES.

Improvisación.

Dios dijo al ave de los bosques ¡canta!
Al rubio incienso del altar ¡perfuma!
A la estrella: ¡las nubes abrillanta!
Al sol ¡irradia en la azulada bruma!
Al ambiente ¡suspira! Al río ¡encanta
Con tus bellezas de arjentada espuma!
Y á tí mujer, para el amor nacida,
Te ha dicho acaso Dios:—¿ama y olvida?

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY.

Al mar.

Suspende mar, suspende tu eterno movimiento,
por un instante acalla, el hórrido bramar:
y pueda sin espanto medirte el pensamiento,
ó en tu húmeda llanura, tranquilo reposar.

Del infinito imájen, terrífica y sublime,
concíbete la mente, temblando el corazon;
tu inmensidad severa con su poder me oprime,
y comprenderte no osa mi tímida razon.

Ni el vuelo de la mente tus límites alcanza;
se pierde recorriendo tu vasta soledad;
absorta si contemplo tu indómita pujanza,
atónita si admiro tu augusta majestad.

¡Espíritu invisible que reinas en su seno
y oscilacion perpétua, le imprime sin cesar!
¿Qué dices cuando bramas terrible como el trueno?
¿Qué dices cuando imitas doliente suspirar?

Al mundo acaso cuentas el poderoso arcano
que en el abismo inmenso, sepulta tu poder?
¿ó luchas blasfemando con la potente mano
que enfrena tu soberbia segundo Lucifer?

Coloso formidable te he visto en tu osadía,
para escalar el cielo montañas levantar
y al trueno de la altura, tu trueno respondía
cual si el furor divino quisieses insultar.

Mas luego quebrantado tu poderoso orgullo
atleta ya vencido, mirábate rendir,
y en la ribera humilde, con lánguido murmullo,
rodabas por la arena, tus alas de zafir.

Entónces tu ribera, buscaba complacida
gozando de tu caíma, mi ardiente corazon;
y acaso los pesares de mi ajitada vida,
adormeció un momento, dulcísima ilusion.

Tal vez cuando en la playa, tus olas me seguian,
mirándolas y oyendo su plácido rumor,
—“Palacios te guardamos (pensé que me decian),
“En antros solitarios, ignotos al dolor.

‘Ven pues á nuestros brazos! apaga en nuestros senos
‘El fuego que devora tu estéril juventud,
‘Ven pues, alma doliente, y gozarás al ménos,
‘En húmedos abismos pacífica quietud.

“Si á veces nos alzamos, terribles, violentas
“vorájinés abriendo con hórrido fragor,
“en tu alma se levantan, mas férvidas tormentas
“y nunca nuestra calma sucede á su furor.

“Ven pues, á nuestro impulso tranquila te abandona
“que nuestros brazos frios, descanso y paz te den;
“de perlas y corales, ciñéndote coronas
“que apaguen los latidos de tu abrasada sien.’

¡Oh mar! y cuántas veces en su fatal delirio
tradió así tu arrullo mi herido corazon;
¡y cuántas ay! calmastes, mi bárbaro martirio
mirando de tus olas, la eterna sucesion.

Así tal vez pensaba, sucedense los días,
tras sí llevando raudos, las penas y el placer,
y pasan con los duelos las fiestas y alegrías,
y nada, por ventura, durable puede ser.

Que pasan las naciones y pasan los imperios
y un siglo, al otro siglo, sucede sin cesar...
¡el porvenir tan solo, conserva sus misterios!
¡El mar allá que inmóvil nos mira delirar!

Pasaron mar, pasaron las ansias y tormentos
que entónces me agobiaban con bárbaro teson,
y acaso sucedieron delicias y contentos
que para siempre ¡oh triste! pasados también son.

Que nunca de tus olas agótase el tesoro
ni agótase en el alma la mina del dolor,
mas huyen, y no tornan los dulces sueños de oro,
del alba de la vida, dulcísimo pavor.

Prosigue, mar, prosigue tu eterno movimiento,
cual sigue de mi vida, la triste actividad!
en tí con entusiasmo, se fija el pensamiento
y si te busca en calma, te admira en tempestad.

Prosigue mar, prosigue, que pasan con tus olas,
recuerdos de amargura, recuerdos de placer,
y en lontananza velan inmóviles y solas,
las rocas que resisten, tu indómito poder.

Así la fé se eleva, y en lo interior del alma,
venciendo tempestades, conserva su vigor:
¡prosigue, mar, prosigue, y en tempestad ó calma
proclama la grandeza de tu inmortal autor.

A diez y ocho años.

Cuando yo la conocí
contaba ya dieziocho años.
¡Qué impresion la que sentí!
¡Qué de deseos estraños
cuando yo la conocí!
Mil deleites, mil venturas,
mil amorosas locuras
lleno de ardor me finjí
sin temer riesgos ni daños;
que cuando la conocí
contaba ya dieziocho años.

El porvenir era inmenso,
feliz, brillante, glorioso,
de sus miradas suspenso
hallaba el pecho amoroso
que el porvenir era inmenso.
Cada vez que la veía
de placer palidecía.
Y hoy aún, si en ella pienso,
digo entre alegre y lloroso,
el porvenir era inmenso,
feliz, brillante, glorioso.

Yo era un niño soñador,
ella un ángel de belleza:
adoracion fué mi amor,
delirio fué mi terneza;
yo era un niño soñador.
Ella soñando también
halló en mi amor un eden,
eden do nunca el dolor
penetró ni la tristeza.
Yo era un niño soñador
ella un ángel de belleza.

Desde aquellos bellos dias
muchos dias han pasado,
y otras penas y alegrías.
el corazon ha probado
desde aquellos bellos dias:
mas conserva la memoria
entera y fresca la historia
de esas puras fantasias.
¡Tanto sobre ella ha llorado
desde aquellos bellos dias,
en los dias que han pasado!

Esa historia terminó
cual otras muchas historias;
el cómo, no diré yó.
¡Humo son dichas y glorias!
y esa historia terminó.
Nunca ha borrado mi llanto
la imájen de tanto encanto;
y aunque mi pecho abrigó
esperanzas ilusorias,
esa historia terminó
cual otras muchas historias.

Aun suspira el corazon
por su amor de dieziocho años.

Tras tanta muerta ilusion,
tras de tantos desengaños
aun suspira el corazon.
Desde aquel tiempo querido
mucho he visto y he sufrido,
y aunque mas de una pasion
me dió sus dulces engaños,
aun suspira el corazon
por su amor de dieziocho años.

GUILLERMO BLEST GANA.

El hombre, el caballo y el toro.

A un caballo dió un toro tal cornada,
Que en todo un mes no estuvo para nada.
Restablecido y fuerte
Quiere vengar su afrenta con la muerte
De su enemigo; pero como duda
Si contra el asta fiera, puntiaguda,
Arma serán sus cascos poderosa,
Al hombre pide ayuda.

“De mil amores, dice el hombre. ¿Hay cosa
Mas noble y digna del valor humano
Que defender al flaco y desvalido,
Y dar castigo á un ofensor villano?
Llévame á cuestras tú, que eres fornido;
Yo le mato; y negocio concluido.”

Apercibidos van á maravilla
Los aliados; lleva el hombre lanza;
Riendas el buen rocin, y freno y silla;
Y en el bruto feroz toman venganza.

“Gracias por tu benévola asistencia;
Dice el corcel: me vuelvo á mi querencia;
Desátame la cincha; y ¡Dios te guarde!”

“¿Cómo es eso? Tamaño beneficio
Pagas así?—“Yo no pensé. . .”—Ya es tarde
Para pensar; estás á mi servicio;
Y quieras ó no quieras,
En él has de vivir hasta que mueras.”

Pueblos americanos,
Si jamás olvidais que sois hermanos,
Y á la patria comun, madre querida,
Ensangrentais en duelo fratricida;
¡Ah! no invoqueis por Dios, de jente estraña
El costoso favor, falaz, precario,
Mas de temer que la enemiga saña.
¿Ignorais cuál ha sido su costumbre?
Demandar por salario
Tributo eterno y dura servidumbre.

ANDRES BELLO.

El primer beso.

Recuerdos de aquella edad
de inocencia y de candor,
no turbeis la soledad
de mis noches de dolor;
pasad, pasad,
recuerdos de aquella edad.

Mi prima era muy bonita,
yo no sé porqué razon,
al recordarlo palpita
con violencia el corazon.
Era, es cierto, tan bonita
tan gentil, tan seductora,
que al pensar en ella ahora
algo, como una ilusion,
aqui en el pecho se ajita,
y hasta mi fria razon
me dice: era muy bonita!

Ella, como yo, contaba
catorce años, me parece,
mas, mi tia aseguraba
que eran solamente trece
los que mi prima contaba.

Dejo á mi tia esa gloria;
pues mi prima en mi memoria,
jamás, jamás, envejece
y siempre está como estaba
cuando, segun me parece
ya sus catorce contaba.

¡Cuántas horas, cuántas horas
de dicha pasé á su lado!
¡Pasamos cuántas auroras
los dos corriendo en el prado
lijeros como esas horas!
¿Nos amábamos? lo ignoro;
solo sé lo que hoy deploro,
lo que jamás he olvidado,
que en pláticas seductoras
cuando me hallaba á su lado
se me dormían las horas.

Del cómo la dí yo un beso
es peregrina la historia:
hasta ahora, lo confieso,
con placer hago memoria
del cómo la dí yo un beso.
Un dia solos los dos
cual la pareja de Dios
cuya inocencia es notoria,
nos fuimos á un bosque espeso;
y allí comenzó la historia
del cómo la dí yo un beso.

Crecia una hermosa flor
cerca de un despeñadero;
mirándola con amor
ella me dijo: “me muero,
me muero por esa flor.”
¡Yo á cojerla me lancé;
mas falto tierra á mi pié.

Ella, un grito lastimero
dando llena de terror,
corrió hasta el despeñadero . . .
y yo me alcé con la flor.

Dos lágrimas de alegría
surcaron su rostro bello,
y diciendo “¡vida mia!”
me echó los brazos al cuello
con infantil alegría.
Fuego y hielo sentí yo
que por mis venas corrió:
y no sé como fué aquello
pero un beso nos unia
dejando en su rostro bello
dos lágrimas de alegría.

Despues revoltoso mar,
es nuestra pobre existencia;
yo me tuve que ausentar,
y aquella flor de inocencia
quedó á la orilla del mar.
Del mundo entre los engaños
he vivido muchos años,
y apesar de mi esperiencia
suelo á veces esclamar:
“La dicha de mi existencia
quedó á la orilla del mar.”

Recuerdos de aquella edad
de inocencia y de candor,
alegrad la soledad
de mis noches de dolor:
Llegad, llegad
recuerdos de aquella edad.

El gato y los ratones.

Un pueblo de animales
De esos de tercer orden,
Como zorros y gatos,
Ardillas, monos, gozques,
Un mandarin quisieron
Elejir; y juntóse
Para tan grave asunto
Un congreso en un bosque.
Despues de choques varios
Y varias discusiones,
A Misifut la suerte
De la eleccion tocóle.
Al punto un mono en lo alto
Se encaramó de un roble,
Y la eleccion publica
Desde allí en altas voces:
—“Viva el ilustre gato!
Gritan todos entónces;
El pueblo de los brutos
Unánime elijióle.”
Mas una gran manada
De infelices ratones,
Que estaba temerosa
Que el gato la destroce,

Saliendo un poco afuera:
—“Mentira, contestóles;
La ratónina jente
Parte del pueblo pobre
A Misifus no elije,
Porque es su fiero azote.”
Pero maulló el gatazo,
Y huyeron los ratones.

Lo mismo entre nosotros....
Pero ¡chiton! que se oye
Maullar al gato. El Diablo
Que hoy haga aplicaciones.

JUAN LEON MERA.

Despedida a un amigo.

Con bien te lleven, mi querido amigo,
Propicio el viento, bonancible el mar;
Oh! si pudiera saludar contigo
Tras tanta ausencia mi paterno hogar!

Oh! cuánto fuera mi consuelo, cuánto,
Si en esa nave huyéramos los dos!
Oh! si á este suelo donde sufro tanto
Pudiera darle mi postrer adios!

Tranquilo viera y con serena calma
Desatarse bramando el aquilon:
Junto á la horrible tempestad del alma
Las tempestades de la mar qué son!

Mas ya que quiere mi fatal estrella
Con duros lazos sujetarme aquí;
Por mí te postra y con tus lábios besa
La tierra amada en que feliz nació.

Llévale tú los écos de mi lira
Que ya desde hoy resonará en su honor:
Díle que es ella el núnien que me inspira
Y el solo objeto de mi ardiente amor.

VENTURA DE LA VEGA.

En boca del ultimo Inca.

Ya de los blancos el cañon huyendo,
Hoy á la falda del Pichincha vine,
Como el sol vago, como el sol ardiente,
Como el sol libre!

Padre Sol, oye! por el polvo yace
De Manco el trono; profanadas jimen
Tus santas aras; yo te ensalzo solo,
Solo, mas libre!

Padre Sol, oye! sobre mí la marca
De los esclavos señalar no quise
A las naciones; á matarme vengo,
A morir libre!

Hoy podrás verme desde el mar lejano,
Cuando comiences en ocaso á hundirte,
Sobre la cima del volcan tus himnos
Cantando libre:

Mañana solo, cuando ya de nuevo
Por el Oriente tu corona brille,
Tu primer rayo dorará mi tumba,
Mi tumba libre!

Sobre ella el cóndor bajará del cielo;
Sobre ella el cóndor que en las cumbres vive
Pondrá sus huevos y armará su nido.
Ignoto y libre!

JOSÉ EUSEBIO CABO.

Et lux Aeterna Lucebit.

“Cuán bella es la mansion que nos ha dado
El Dios omnipotente!—
Contemplo el bosque, la sonora fuente,
Esa laguna azul, el verde prado;
Y de la brisa escucho y de las aves
El susurro y los trinos tan suaves
Que en plácido concierto
Dan encanto mayor á nuestro huerto.”

Tal decia de Adan la compañera
Mirando el Paraíso
En aquel primer dia, cuando quiso
Dios brindarnos ventura verdadera.—
Mas de ese dia los instantes bellos
Corrieron á su fin; y los destellos
Del globo refulgente
Estinguiéronse al cabo en occidente.

La noche envuelve con su manto al mundo.
Eva y Adan, en tanto,
Sobrecojidos de indecible espanto
Dudan que torne el luminar fecundo
A cruzar por el éter; y que puebla
Su Eden tan bello la eternal tiniebla
Piensan, con pena amarga,
Hasta que el sueño su ansiedad embarga.

Mas de aquella pareja el embeleso
Renuévase ferviente
Viendo al Sol asomar en el oriente
Tras las primeras lágrimas y el beso
Que el Alba, con sus púdicos amores,
Daba en la tierra á las primeras flores,—
Y al ver que discurría
Por los espacios el fanal del dia.—

Asi en honda ansiedad, de los mortales
Se abisma el pensamiento
Cuando miran el negro pavimento
De la tumba, y sus sombras funerales.
Asi la antorcha de la fé vacila;—
Empero, el Alma que dejó, tranquila,
Su humana pesadumbre,
Despierta al dia de la eterna lumbre.

RICARDO J. BUSTAMANTE.

Amores de un niño.

Te acuerdas de aquellos tiempos
En que tú niña y yo niño,
Tuvimos Elvira mía,
Tan alegres amorcillos?

Ellos para mí no han muerto,
Conmigo duermen, dormidos;
Pero suelen despertarse,
Y entónces, ¡cómo deliro!

¡Cuánta dicha en esas horas!
¡En tí, cuántos atractivos!
¡Cuánta inocencia en tu pecho!
Y cuánto amor en el mio!

Me parece que te veo:
Ibas para los floridos
Quince abriles de la vida;
Yo de dieziocho en camino.

Tal eras que en tí veía
El parecer indeciso,
Rosa que recoge el cáliz,
Boton á punto de abrirlo.

JOSÉ ANTONIO CALOÑERO.

Desaliento.

Acabaron mis sueños de gloria,
Acabaron mis sueños de amor:
Resta solo su triste memoria,
Y mi mente perdió su esplendor.

Al salir de mi tímida infancia
A encontrar mi primer juventud,
¡Cuál corría con tierna ignorancia
A embriagarme de amor ¡y virtud !

Y ese amor que buscaba es mentira!
¡La virtud una amarga irrisión!
Los suspiros que daba mi lira
No movieron ningun corazón!

Dulces sueños de amor y de gloria,
Si es posible olvidar cuanto fué,
¡Ah! cerrad de mi vida la historia
Cual se abrió, con virtud y con fé.

JOSÉ EUSEBIO CARO.

Epigramas.

Dice el rico don Torcuato
Que para él no hay hombre ingrato.
Y yo añadiré algo mas:
Que no tiene, ni ha tenido,
Ingrato, ni agradecido
Porque no hizo un bien jamás.

Ilustrando al universo
Fabio en escritos rebosa
De sonsonete perverso;
Su prosa parece verso
Su verso parece prosa.

Una elejia Lisardo
Hizo, que era una herejía,
A un muerto; y bien merecía
Ceñir una albarda el bardo.
Buen pró le haga y provecho,
Al tal difunto el morir;
Así se libra de oír
La elejia que le han hecho.

El médico Anton del Prado
Murió ayer con asma y chucho; :
De treinta años ha espirado:
Fué autor del libro afamado,
“El arte de vivir mucho.”

▲ UN AHOGADO.

Desnudo al mundo ha nacido;
Desnudo la mar le encierra;
Así en su viaje á la tierra
Ni ha ganado ni ha perdido.

Ya el empleo apetecido
Logras y te felicitas,
Al Ministro lo has debido;
Mas para haberlo obtenido,
Qué es lo que has hecho?—Visitas.

De una indigestion Gaspar
Se ha enfermado, y porque engorde,
Le manda el doctor Laborde
Comer poco y descansar.

Bien le viene esta receta,
Pues logró ser diputado;
Y así estará descansado
Y engordará con la dieta.

*A un preso que se disfrazaba de mujer para cometer
sus robos y fué sorprendido así por la justicia.*

Barriendo la plaza un preso
Se vé, de mujer vestido,
Dijo Jacoba al marido;
Y él responde. . . ¿Y qué hay con eso?
Mas barren otras, Jacoba,
Que ese infeliz; y es el caso,
Que hacen con sayas de raso
Lo que él hace con la escoba.

· Mi lira.

Toma mi lira, Delina,
Tómala ya, que profunda
Desde sus lóbregos senos
Llama á tu amigo la tumba.
Tómala, y cuando á los rayos
De tu lámpara nocturna,
Junto á tu lecho la cuelgues
Todo mullido de plumas,
Oirás sus cuerdas de oro
Que retemblando murmurari;
Oirás sus tristes suspiros
Que entre las sombras fluctuan.
Y si tus dedos de rosa
Sus cuerdas rápidos pulsan,
Si vagarosos en ellas
Lánguidos himnos modulan;
Verás que bajo tu mano
Trémulas lágrimas suda,
Y sus marfiles se empapan
En menudísima lluvia.

¡Ah! cuando su luz de perla
Con que las vegas inunda

Desde los cielos derrame
La melancólica luna,
Con esa lira, Delina,
Oh! ven á la sepultura
Que de tu amante por siempre
Los tristes restos ya cubra.
Allí, del ciprés sentada
Bajo las ramas augustas,
Solo oirás zumbar el viento
Por las lejanas llanuras:
Allí del árbol sagrado
Desprenderse por ventura
Sientes alguna hoja seca
En tu melena profusa,
Y entonces . . . cuando tu mano
Con una guirnalda cubra
La humilde cruz de mi huesa,
Entre el verdor medio oculta
Delina, vírjen del cielo,
Desde el fondo de mi tumba
Oiga yo que al ménos lloras
Mi amor y mi desventura.
¡Oiga yo en la noche eterna
Jemir mi lira viuda,
Y consolados, mis manes
Palpitarán de ternura!

JOSÉ EUSEBIO CARO.

Oda imitada de la de Horacio

Ó NAVIS, REFERENT, ETC.

Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan? Torna,
Torna, atrevida nave,
A la nativa costa.

Aún ves de la pasada
Tormenta mil memorias
¿Y ya á correr fortuna
Segunda ves te arrojas?

Sembrada está de sirtes
Aleves tu derrota,
De tarde los peligros
Avisará la sonda.

Ah, vuelve, que aun es tiempo,
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas.

Presto erizando cerros
Vendrá á batir las rocas,
Y náufragas reliquias
Hará á Neptuno alfombra,

De flamulas de seda
La presumida pompa,
No arredra los insultos
De tempestad sonora.

Qué valen contra el Euro,
Tirano de las ondas,
Las barras y leones
De tu dorada popa?

Qué tu nombre, famoso
En reinos de la Aurora,
Y donde el sol recibe
Su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,
Segura de sí propia,
Desafiaba al viento
Otra arrogante proa;

Y ya padron infausto,
Que al navegante asombra,
En un desnudo escollo
Está cubierta de ovas.

¡Qué! ¿no me oyes? ¿el rumbo
No tuerces? ¿orgullosa
Descojes nuevas velas,
Y sin pavor te engolfas?

No ves ¡oh malhadada!
Que ya el cielo se entolda,
Y las nubes bramando
Relámpagos abortan?

No ves la espuma cana,
Que hinchada se alborota
Ni el vendabal te asusta,
Que silba en las maromas?

Vuelve, objeto querido
De mi inquietud ansiosa;
Vuelve á la amiga playa
Antes que el sol se esconda.

ANDRÉS BELLO.

En visperas del combate.

Tristes, mortales córrense mis días;
Hoy como ayer, mañana igual á hoy;
Campos, montañas, cielos, todo cambia;
Pero no cambia, nó, mi corazón.

¡Mi corazón! en él cual siempre reinas;
Eterno en él aun vive el mismo amor,
Aquel amor que tú nacer hiciste,
Que solo morirá muriendo yo.

¡No! ni aun entónces morirá, Delina,
Mi amor, mi bien, mi orgullo, mi blason;
Mi alma inmortal lo llevará consigo
Al pié mismo del trono del Señor.

Pronto quizá... La muerte cerca tengo...
La odiosa muerte vaga en mi redor...
Es alta noche... El enemigo en frente...
Talvez mañana callará mi voz.

Si esta es mi hora postrera, tuya sea,
Todo el amor de que capaz soy yo,
Todo en mi pecho concentrado y junto
Te lo ofrezco, Delina, y te lo doy.

Lo aceptarás? . . . Qué se oye? . . . ¡El enemigo!
Alarma suena ronco el atambor!
Truena el bronce. . . ¡Mi arma, mi caballo!
Oh! dame algunas lágrimas!—Adios.

JOSÉ EUSEBIO CARO.

A llorar al rio.

- Niño, ¿á dónde vas?
—Al rio.
- Y al rio, á qué?
—A llorar.
- Y á llorar porqué ángel mio?
—Fuera triste de contar! . . .
A llorar
Al rio.
- Dónde está tu bien?
—No existe.
- No existe? ¿Murió?
—De amor.
- De amor? ¡Ingrato le fuiste!
—Ten piedad de mi dolor!
¡Ya mi amor
No existe!
De este modo junto al rio,

Vírjen de dulce mirar
Hablabá á un doncel sombrío
Que iba, la tarde al bajar,
A llorar
Al río.

—La amaste tú?

—Con el alma.

—Y heriste su corazón!....

Y ni aun hoy goza de calma!....

—Quítame ¡ay! por compasión,
Corazón y alma!

—Verla ansiara!

—Por el cielo!

—Cerca está de tí

—De mí?

—No me ves?

—¡Ay!....

—Adios. ¡Vuelo!

—Detente ú mucro sin tí!....

¡Ay de mí,
Oh cielo!

La vírjen se hundió en el río,
Y él en su amargo llorar,
Desde entónces mas sombrío .
Le vé la tarde bajar
A llorar
Al río.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

Lima.

(FRAGMENTO.)

Grato es sentir del sol que alumbra á **Lima**
La dulce, suave, voluptuosa influencia;
Aquí el helado corazón se anima;
Aquí al amor renace la existencia,
Todo es aquí misterio y poesía,
Y languidez y embriagadora calma;
Aquí del corazón es amor guía,
Y el alimento que mantiene el alma.
Aquí de la mujer los ojos bellos,
Tienen un tierno irresistible idioma,
Y al través de su lábio, en sus cabellos,
Hay del amor el voluptuoso aroma.
Siempre el tejido de una reja oscura
Oculta aquí la faz de una hermosura;
Siempre al través de un manto misterioso
Se divisa algún ojo luminoso.
Aquí el remanso y cristalino arroyo
Que baña el pie de verde chirimoyo,
Con olas amorosas humedece
La débil flor que en su ribera crece;
Y hasta el sol de los cielos
Cuando ilumina el día,
Cubre su faz con nebulosos velos,
Y mas suave calor al suelo envía.

EUSEBIO LILLO.

Parabien.

Perlas, rubís, brillantes, flores,
Ornen la frente de la beldad.
Lindas quimeras, tejedle amores,
Blancos ensueños á su alma dad.

Pasen sus horas como ilusiones
Bañadas todas en luz y amor,
Como una escala de gratos sonos,
Como los cantos del trovador.

Porque ella es pura como el aroma
Que aspira el alba del ancho mar;
Como el arbusto de la alta loma,
Como la esencia del azahar.

Porque es hermosa como la luna
En el crepúsculo de altiva luz;
Como la garza de la laguna,
Como un tranquilo cielo andaluz.

Jenios del aire tracla ruidos,
Ruidos que encanten su soledad;
Lánguidos, suaves, vagos, perdidos,
Cual los delirios de su ansiedad.

A otras rejiones llevad su mente;
Auras mas puras dadle á beber.
Cuidad á esa alma, flor inocente,
Que ya se ajita por el placer.

Perlas, brillantes, rubíes, flores,
Ornen la frente de la beldad.
El rayo anjélico prestadle amores,
De odioso engaño su alma guardad.

GUILLERMO MATA.

La flor de la caña.

Yo ví una veguera
Trigueña tostada,
Que el sol envidioso
De sus lindas gracias,
O quizá bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,
Le quemó la cara.
Y es tierna y modesta,
Como cuando saca
Sus primeros tilos
La flor de la caña.

La ocasion primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida,
Con cintas rosadas.

Llevaba una gorra
De brillante paja,
Que tejió ella misma
Con sus manos castas,
Y una hermosa pluma
Tendida canaria,
Que el viento mecia
Como flor de caña.

Su acento divino,
Sus lábios de grana,
Su cuerpo gracioso,
Lijera su planta:
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornadas,
Como con las gotas
Que destila el alba,
Candorosa rie
La flor de la caña.

El domingo ántes
De semana santa,
Al salir de misa
Le entregué una carta,
Y en ella unos versos
Donde le juraba,
Mientras existiera
Sin doblez amarla.
Temblando tomóla
De pudor velada,
Como con la niebla
La flor de la caña.

Halléla en el baile
La noche de Pascua,
Púsose encendida,

Descojió su manta,
Y sacó del seno
Confusa y turbada,
Una petaquilla
De colores varias.
Diómela al descuido,
Y al examinarla
He visto que es hecha
Con flores de caña.

En ella hay un rizo
Que no lo trocara
Por todos los tronos
Que en el mundo haya;
Un tabaco puro
De Manicaragua,
Con una sortija
Que ajusta la capa,
Y en lugar de tripa,
Le encontré una carta,
Para mí mas bella
Que la flor de caña.

No hay ficcion en ella,
Sino estas palabras:
“Yo te quiero tanto
Como tú me amas.”
En una reliquia
de rasete blanca,
Al cuello conmigo
La traigo colgada;
Y su tacto quema
Como el sol que abrasa
En Julio y Agosto
La flor de la caña.

Ya no me es posible
Dormir sin besarla,

Y mientras que viva
No pienso dejarla.
Veguera preciosa
De la tez tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama;
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas,
Sufriendo vaivenes
Como flor de caña.

Juro que en mi pecho
Con toda eficacia,
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas;
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idalia,
Y si me preguntan
Los que saber ánsian,
Quién es mi veguera,
Diré que te llaman,
Por dulce y honesta
La flor de la caña.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS (a) PLÁCIDO

A mi amada.

Mira mi bien cuán mística y deshojada
Está con el calor aquella rosa
Que ayer brillante, fresca y olorosa,
Puse en tu blanca mano perfumada.

Dentro de poco tornárase en nada:
No verás en el mundo alguna cosa
Que á mudanza feliz ó dolorosa:
No se encuentre sujeta ú obligada.

Sigue á las tempestades la bonanza,
Siguen al gusto el tédio y la tristeza.
Perdóname que tenga desconfianza,

Y dude de tu amor y tu terneza,
Que habiendo en todo el mundo tal mudanza
¿Solo en tu corazon habrá firmeza?

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS [a] PLÁCIDO.

La oracion por todos.

IMITACION DE VICTOR HUGO.

I.

Vé á rezar, hija mia. Ya es la hora
De la conciencia y del pensar profundo:
Cesó el trabajo afanador, y al mundo
La sombra vá á colgar su pabellon:
Sacude el polvo el árbol del camino,
Al soplo de la noche; y en el suelto
Manto de la sutil neblina envuelto,
Se vé temblar el viejo torreón.

Mira! su ruedo de cambiante nácar
El occidente mas y mas angosta;
Y enciende sobre el cerro de la costa
El astro de la tarde su fanal.
Para la pobre cena aderezado
Brilla el albergue rústico, y la tarda
Vuelta del labrador la esposa aguarda
Con su tierna familia en el umbral.

Brota del seno de la azul esfera
Uno tras otro fúljido diamante;
Y ya apenas de un carro vacilante
Se oye á distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra, el monte, el valle,
Y la iglesia, y la choza, y la alquería;
Y á los destellos últimos del dia
Se orienta en el desierto el viajador.

Naturaleza toda jime; el viento
En la arboleda, el pájaro en el nido, ..
Y la oveja en su trémulo balido,
Y el arroyuelo en su correr fugaz.
El dia es para el mal y los afanes:
Hé aquí la noche plácida y serena!
El hombre tras la cuita y la faena
Quiere descanso y oracion y paz.

Sonó en la torre la señal: los niños
Conversan con espíritus alados;
Y los ojos al cielo levantados,
Invocan de rodillas al señor.
Las manos juntas, y los pies desnudos,
Fé en el pecho, alegría en el semblante,
Con una misma voz, á un mismo instante,
Al Padre Universal piden amor.

Y luego dormirán; y en leda tropa
Sobre su cama volarán ensueños,

**Ensueños de oro, diáfanos, risueños,
Visiones que imitar no osó el pincel.
Y ya sobre la tersa frente posan,
Ya beben el néctar á las bermejas
Bocas, como lo chupan las abejas
A la fresca azucena y al clavel.**

**Como para dormirse, bajo el ala
Esconde su cabeza la avecilla,
Tal la niñez en su oracion sencilla
Adormece su mente virjinal.
¡Oh dulce devocion, que reza y rie!
¡De natural piedad primer aviso!
¡Fragancia de la flor del paraíso!
¡Preludio del concierto celestial!**

II.

**Vé á rezar, hija mia. Y ante todo
Ruega á Dios por tu madre; por aquella
Que te dió el ser, y la mitad mas bella
De su existencia ha vinculado en él.
Que en su seno hospedó tu jóven alma,
De una llama celeste desprendida;
Y haciendo dos porciones de la vida,
Tomó el acibar y te dió la miel.**

**Ruega despues por mí. Mas que tu madre
Lo necesito yo. . . . Sencilla, buena,
Modesta como tú, sufre la pena,
Y devora en silencio su dolor.
A muchos compasion, á nadie envidia,
La ví tener en mi fortuna escasa:
Como sobre el cristal la sombra, pasa
Sobre su alma el ejemplo corruptor.**

**No le son conocidos. . . . ni lo sean
A tí jamás! . . . los frívolos azares**

De la vana fortuna, los pesares
Ceñudos que anticipa la vejez;
De oculto oprobio el torcedor, la espina
Que punza á la conciencia delincuente,
La honda fiebre del alma, que la frente
Tiñe con enfermiza palidez.

Mas yo la vida por mi mal conozco,
Conozco el mundo, y sé su alevosía;
Y talvez de mi boca oirás un día
Lo que valen las dichas que nós dá.
Y sabrás lo que guarda á los que rifan
Riquezas y poder, la urna aleatoria,
Y que talvez la senda que á la gloria
Guiar parece, á la miseria vá.

Viviendo, su pureza empaña el alma,
Y cada instante alguna culpa nueva
Arrastra en la corriente que la lleva
Con rápido descenso al ataud.
La tentacion seduce; el juicio engaña;
En los zarzales del camino deja
Alguna cosa cada cual; la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.

Vé, hija mia, á rezar por mí, y al cielo
Pocas palabras dirijir te baste;
“Piedad, Señor, al hombre que criaste;
Eres Grandeza; eres Bondad; perdon!”
Y Dios te oirá; que cual del ara santa
Sube el humo á la cúpula eminente,
Sube del pecho cándido, inocente,
Al trono del Eterno la oracion.

Todo tiende á su fin: á la luz pura
Del sol, la planta; el cervatillo atado,
A la libre montaña; el desterrado,
Al caro suelo que le vió nacer.

Y la abejilla en el frondoso valle,
De los nuevos tomillos al aroma;
Y la oracion en alas de paloma
A la morada del Supremo Ser.

Quando por mí se eleva á Dios tu ruego,
Soy como el fatigado peregrino,
Que su carga á la orilla del camino
Deposita y se sienta á respirar.
Porque de tu plegaria el dulce canto
Alivia el peso á mi existencia amarga,
Y quita de mis hombros esta carga,
Que me agovia, de culpa y de pesar.

Ruega por mí, y alcánzame que vea,
En esta noche de pavor, el vuelo
De un ángel compasivo, que del cielo
Traiga á mis ojos la perdida luz.
Y pura finalmente, como el mármol
Que se lava en el templo cada día,
Arda en sagrado fuego el alma mia,
Como arde el incensario ante la Cruz.

III.

Ruega, hija, por tus hermanos,
Los que contigo crecieron,
Y un mismo seno esprimieron,
Y un mismo techo abrigó.
Ni por los que te amen solo
El favor del cielo implores:
Por justos y pecadores
Cristo en la Cruz espiró.

Ruega por el orgulloso
Que ufano se pavonea,
Y en su dorada librea
Funda insensata altivez.

Y por el mendigo humilde
Que sufre el ceño mezquino
De los que beben el vino
Porque le dejen la hez.

Por el que de torpes vicios
Sumido en profundo cieno,
Hace aullar el canto obsceno
De nocturno bacanal.

Y por la velada vírjen
Que en su solitario lecho
Con la mano hiriendo el pecho,
Canta el himno sepulcral.

Por el hombre sin entrañas,
En cuyo pecho no vibra
Una simpática fibra
Al pesar y á la afliccion.
Que no dá sustento al hambre,
Ni á la desnudez vestido,
Ni da la mano al caido,
Ni dá á la injuria perdon.

Por el que en mirar se goza
Su puñal de sangre rojo,
Buscando el rico despojo,
O la venganza cruel.

Y por el que en vil libelo
Destroza una fama pura,
Y en la aleve mordedura
Escupe asquerosa hiel.

Por el que surca animoso.
La mar, de peligros llena;
Por el que arrastra cadena,
Y por su duro señor.

Por la razon que leyendo
En el gran libro, vijila;

Por la razon que vacila;
Por la que abraza el error.

Acuérdate, en fin, de todos
Los que penan y trabajan;
Y de todos los que viajan
Por esta vida mortal.
Acuérdate aun del malvado
Que á Dios blasfemando irrita.
La oracion es infinita:
Nada agota su caudal.

IV.

Hija! reza tambien por los que cubre
La soporosa piedra de la tumba,
Profunda sima adonde se derrumba
La turba de los hombres mil á mil:
Abismo en que se mezcla polvo á polvo,
Y pueblo á pueblo; cual se vé á la hoja
De que al añoso bosque abril despoja,
Mezclar las tuyas otro y otro abril.

Arrodilla, arrodíllate en la tierra
Donde segada en flor yace mi Lola,
Coronada de anjélica aureola;
Do helado duerme cuanto fué mortal;
Donde cautivas almas piden preces
Que las restauren á su ser primero,
Y purguen las reliquias del grosero
Vaso, que las contuvo, terrenal.

Hija! cuando tú duermes, te sonries,
Y cien apariciones peregrinas,
Sacuden retozando tus cortinas;
Travieso enjambre, alegre, volador.
Y otra vez á la luz abres los ojos,
Al mismo tiempo que la aurora hermosa

Abre tambien sus párpados de rosa,
Y dá á la tierra el deseado albor.

Pero esas pobres almas! . . . si supieras
Que sueño duermen! . . . su almohada es fria:
Duro su lecho; anjélica armonía
No regocija nunca su prision.
No es reposo el sopor que las abruma;
Para su noche no hay albor temprano;
Y la conciencia, velador gusano,
Les roe inexorable el corazon.

Una plegaria, un solo acento tuyo,
Hará que gocen pasajero alivio,
Y que de luz celeste un rayo tibio .
Logre á su oscura estancia penetrar;
Que el atormentador remordimiento
Una tregua á sus víctimas conceda,
Y del aire, y el agua, y la arboleda,
Oigan el apacible susurrar.

Cuando en el campo con pavor secreto
La sombra ves, que de los cielos baja,
La nieve que las cumbres amortaja, .
Y del ocaso el tinte carmesí:
¿En las quejas del aura y de la fuente
No te parece que una voz retiña,
Una doliente voz que dice: “Niña,
Cuando tú rezes, ¿rezarás por mí?”

Es la voz de las almas. A los muertos
Que oraciones alcanzan, no escarnece
El revelado arcánjel, y florece
Sobre su tumba perennal tapiz.
Mas ay! A los que yacen olvidados
Cubre perpétuo horror, yerbas estrañas
Ciegan su sepultura; á sus entrañas
Arbol funesto enreda la raiz.

Y yo tambien (no dista mucho el dia)
Huésped seré de la morada oscura,
Y el ruego invocaré de un alma pura,
Que á mi largo penar consuelo dé.
Y dulce entónces me será que vengas
Y para mí la eterna paz implores,
Y en la desnuda losa esparzas flores,
Simple tributo de amorosa fé.

¿Perdonarás á mi enemiga estrella,
Si disipadas fueron una á una
Las que mecieron tu mullida cuna
Esperanzas de alegre porvenir?
Sí, le perdonarás; y mi memoria
Te arrancará una lágrima, un suspiro
Que llegue hasta mi lóbrego retiro
Y haga mi helado polvo rebullir.

ANDRES BELLO.

El cantaro de Juana.

Tantas veces le prestó
Juana el cántaro á Vicente,
Y él tantas sacó
Agua con él de la fuente,
Que al cabo se lo quebró.
No pudiendo otro traer,
Quedó Vicente confuso,
Y Juana, astuta mujer,
Hizo cola y lo compuso
Como Dios le dió á entender.

Luego préstoselo á Uberto,
El cual se lo trajo roto
(Por donde ya estaba abierto)
Y Juana armó un alboroto
Como si la hubiesen muerto.

El simple Uberto creyó
Ser suya á fé la avería,
Por lo que palabra dió
De abonarlo al otro dia,
Y exactamente cumplió.

En cántaros y en amores
No se gana para sustos,
Pues como dicen autores,
Acontece que los justos
Pagan por los pecadores.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS (a) PLÁCIDO

Amor de esposa.

En la senda peregrina
De este misterioso mundo,
En este valle profundo
Donde la flor mas divina
Oculta punzante espina
Que nos hiere con rigor,
Donde en todo está el dolor,
No hay suerte mas lastimera
Que tener por compañera
Una esposa sin amor.

Que viva en continuo tédio
Porque nada le entusiasma,

Y como eterno fantasma,
Se alce su marido en médio;
A tanto mal no hay remedio: :
Siempre camina entre abrojos,
No tiene amantes antojos,
Carga muy pesada cruz,
Y no hay siquiera una luz
Que resplandezca en sus ojos.

Triste, desgraciada es,
Y vivirá indiferente
Aquella que torpemente
Se casa por interes:
Un mes verá y otro mes
Pasar sin ningun contento,
Y buscará, en su tormento,
El reir y el suspirar,
De aquella que jura amar
Llevada del sentimiento.

Ella á sí misma se daña,
Sueña un porvenir de rosa,
Y al dar la mano de esposa
Piensa engañar y se engaña:
Con su misma mano empaña
De su cielo los colores,
Marchita sus frescas flores,
Y así es fuerza que sucumba,
Si abre ella misma la tumba
De sus primeros amores.

A aquel que adoraste un dia
Le fuiste quizas infiel,
Y no quisiste con él
Vivir en la mediania;
Quizá alguna vez sombría
Te pongan los desengaños,
Y pienses, al ver los daños
Que sin cesar van contigo,

En aquel hermoso amigo
De tus mas floridos años.

Puede darte el rico esposo
Para vivir un palacio,
Y con piedras de topacio
Ceñir tu cuello precioso;
Serás un ángel hermoso,
Causarás admiracion,
Mas sobre tí, en su ambicion,
No tendrá, con tanto lujo,
Ese simpático influjo
Que brota del corazon.

Talvez su pecho se goza
Al verte cual serafin
Sentada sobre el cojin
De su espléndida carroza:
Y embriagado se alboroz
De tu dulce acento al son,
Mas no tendrá en su ambicion
Sobre tí, con tanto lujo,
Ese simpático influjo
Que brota del corazon.

Puede en retrete oriental
Brindarte, rico y amante,
Ramos de perla y brillante
Entre piedras de coral:
Y entre jaulas de cristal
De las aves la cancion;
Mas no tendrá en su ambicion,
Sobre tí, con tanto lujo,
Ese simpático influjo
Que brota del corazon.

Podrá en las tardes rosadas
Cuando el sol las nubes pinta,
Llevarte á su hermosa quinta

Entre flores y cascadas,
De las verdes enramadas
Bajo el silvestre dosel. . . .
Mas qué importa ese verjel,
Esa mansion pura y bella,
Cuando si él la adora á ella,
Ella no le adora á él?

Alzáran los ruiseñores
Sus cántigas melodiosas,
Y se abrieran mas hermosas
Sobre sus tallos las flores:
Los arroyos saltadores
Corrieran en la maleza
Celebrando tal belleza,
Si se amaran con ardor;
¡Que ante la luz del amor
Se anima naturaleza!

No comprenden la fortuna
De dos que á cual mas se adoran,
Y no saben por qué lloran
A los rayos de la Luna;
Ni se disputan á una
El placer de contemplarse,
Y les dá tédio mirarse,
Y en medio de tantos duelos,
No se dan mútuos consuelos
Porque no saben amarse.

Los dos esposos sin fé,
De sus pesares testigos,
Nunca como dos amigos
Juntos á los dos se vé;
Ni al resplandor del quinqué
Leyendo una historia bella,
Jamás conmueven á ella
Ni ajitan jamas á él,

El llanto de Rafael,
Los suspiros de Graziella.

Pero la casta beldad
Que arde en afecto amoroso,
Lleva á casa del esposo
Salud y felicidad:
Es rosa de castidad
Que mana ricos olores
Inspira castos amores,
La envidian las niñas todas,
Y allí el ánjel de las bodas
Entra derramando flores.

Tú, querubin celestial,
Bates tus alas preciosas,
Y prendes ramos de rosas
Sobre el tálamo nupcial:
De la esposa virjinal
Bendices las puras galas,
Y entonces alegre exhalas
Tus suspiros amorosos,
Y quedan los dos esposos
Dormidos bajo tus alas.

Aun el amor nos conquista
Y con su luz nos inflama,
Por mas que ahogue su llama
Un siglo positivista:
Imposible es que no exista
Ese afecto celestial;
En la senda terrenal
Obtendrá siempre la palma,
Que es un arranque del alma
Espontáneo y natural.

Esa que en amor se abrasa
Es la esposa pura y bella,
Y solo con estar ella

Estará alegre la casa.
Jamás por su frente pasa
Un pensamiento sombrío,
Jamás su pecho vacío
Sintió al ver su compañero,
Porque un amor verdadero
No sabe lo que es hastío.

La que es buena y santa esposa
Cuando á su esposo divisa,
Siempre tiene una sonrisa
Y una frase cariñosa:
Jamás altiva y quejosa
A sus voces de alegría
Le responde ingrata y fría,
Siempre con amor lo vé
Como miraba á José
La purísima María.

Si con arrugado ceño
Llega el esposo, al instante
Debe alegrar su semblante
Con dulce y amante empeño:
Debe con rostro risueño
Toda pena disipar,
Porque ella debe aspirar
A ser con su dulce lumbre
Lámpara eterna que alumbre
En el doméstico hogar.

Eres tú de nuestra historia
El mas brillante episodio,
Eres el ángel custodio
Que nos llevas á la gloria;
Eres del mundo en la escoria
Fresca y escojida flor
De puro y eterno olor:
Jóven de virtudes llena,

Despues de una madre buena
Eres la amiga mejor!

Mujer que arrugas las cejas
Y la lectura interrumpes,
Porque con ira prorrumpes
En murmuradoras quejas,
Que sorprendido me dejas
Y haciéndome mofa estás,
Y tan descontenta vas
De mi trova melodiosa,
Tú debes ser mala esposa
Y mala madre seras.

Cuando pinto el sentimiento
Lleno de fervor profundo,
Nada me importa que el mundo
Haga escarnio de mi acento:
Basta para mi contento
Con que sonriendo dichosa,
Pura, celeste, amorosa,
Llena de divino encanto,
Recite mi pobre canto
Toda jóven buena esposa.

JOSÉ KORNÁRIS.

Cora.

(ROMANCE.)

Hondos suspiros lanzando
Del sol las sacerdotisas,
Fijos los ojos en tierra
Con tardo paso caminan.
Cien guerreros las rodean,
Que al son de roncadas bocinas,
Cantando marchan, armados.
De mazas, arcos y picas.
¿Cuál es criminal entre ellas?
De cuál yerro la castigan?
Por qué no vá como debe
Junto al soberano Inca?
Ay! que son sus tristes padres
Los dos ancianos que miras,
Quienes tragará la hoguera
Por la vestal fujitiva.
¿Veis con palmas de alcanfor
Sus canas frentes ceñidas,
Y los codos que á la espalda
Atados sangre destilan?
¿Veis en el centro de aquella
Arboleda semi-círcula,

De plátanos y bambúes
Que el viento apenas ajita,
La fosa profunda y cóncava
Sedienta de humanas víctimas,
Al éter lanzando rápidos
Centellas súbitas igneas?
Pues allí van inocentes
Por Cora á perder la vida,
Por Cora que tanto amaron
Y que adoran todavía.
Ya llegan, ya les desnudan
Las blancas túnicas limpias;
Ya los cánticos de muerte
Suenan, y eterna partida.
Hablar el anciano quiere:
“Habla,” le contesta el Inca,
Y acude á enjugar el llanto
Que corre por sus mejillas.
Cruza en el pecho los brazos,
La vista en el cielo fija,
El corazón en la gloria,
Y en tierra las dos rodillas.
—“¡Manco omnipotente (esclama)
Sagrado Dios de las Indias!
Nuestras almas con placer
Ante tí se sacrifican;
Empero permite ¡oh sol!
Que humildemente te pida
Una merced que hacer puedes
Por tu potencia infinita:
Y es, que cual tú quede claro
El honor de mi familia,
El lustre de los altares,
Y la virtud de mi hija.
Mi hija Cora es inocente,
El corazón me lo dicta,
Que no es malo nunca, quien
Con buen ejemplo se cria.”
Ha dicho, y con firme planta

Lleno el rostro de alegría,
Abraza á su esposa y vuela
Hácia la funesta pira.
¿Por dónde ignota fantasma
Fué tu invisible venida?
De do sacaste ese manto
Bordado de plata fina
Que te cubre, y esa espada
Nunca de estos pueblos vista,
Relevado el guarda-monte
Con las armas de Castilla?
Por qué los dos y el fuego
Defiendes el paso, á guisa
De una sombra que separa
La eternidad de la vida?
“¡Teneos! dice, y el manto
Cae, retrocede el Inca,
Y absorto y convulso esclama:
¡Cora. . . . Alonso de Molina. . . .”
Cora!! . . . Alonso!! . . . el campo suena
Y amante, padre é hija
Abrazáronse, y ¡perdon!
El pueblo y guerreros gritan.
Postróse Alonso á los piés
Del gran príncipe Ataliba,
Y alcanzó de su bondad
Abolir la ley incua;
Por la que, á la menor falta
Que en el templo cometian
Eran aquellas vestales
Llevadas á quemar vivas.
Asi de amor fuéles dado
Gozar la inefable dicha,
Pasando á esposas y madres,
Del sol las sacerdotisas.

La noche.

Su ancha diadema de ébano
Que roja cinta prende,
La noche en la alta bóveda
Del firmamento estiende
Con pompa y majestad.
Como deidad propicia
Sacude sus cabellos,
Y en el espacio lóbrego
Brotan vagos destellos
De dulce claridad.

En el confin escúchase
Del valle solitario,
Vibrar al éco trémula
La voz del campanario
Que al día el adios dá.
Hácia su nido rápidas
Diríjense las aves;
Y á su cabaña rústica
De sus cuidados graves
Ya libre el pastor vá.

Bien vengas noche plácida
Con tu irisado ambiente,
Con tu silencio lúgubre,
Tu luna trasparente
Que esparce calma y luz.

Tú oyes la triste súplica
Del infeliz que jime;
Tú ves del hombre crédulo
El éstasis sublime
Orando ante la cruz.

Otros te esperan ávidos
Al comenzar la danza,
Y los placeres frívolos
Que alienta la esperanza
Oculta en el dolor.

Y en el festin espléndido
De ensueños rodeados,
Libando en copas áureas
Se embriagan, nunca hastiados
De crápula y de amor.

Oh! noche muda; témante
El preso, el peregrino,
El sanguinario déspota,
El pérfido asesino,
El monje criminal!

Témante el juez inicuo
Que vende la justicia,
El virtuoso hipócrita,
La sórdida avaricia
Que solo enjendra el mal.

No yo que guardo incólume
La luz de la pureza,
Y á quien no agravia el ánsia
De estólida riqueza
Ni el sueño del poder.

Y admiro en tí las cándidas
Sombras de tus tinieblas;
Imágenes poéticas
Que escriben en las nieblas
Estrofas de placer.

Y amo la voz eufónica
De ruido, canto y risas,
Que vaga con las ráfagas
De tus sonoras brisas
Cargadas de frescor.

Y amo tu luna pálida
Como una hacha mortuoria,
Como una vírjen púdica,
Triste cual la memoria
De un desdichado amor.

Oh! si pudiera, mísero,
Borrar de mi memoria
Esa indeleble página
De mi incompleta historia.
Con llanto escrita y hiel!

Oh! si arrancar de lo íntimo
Pudiera de mi pecho,
Esa amorosa y pérfida
Que aun vive á mi despecho,
Imájen de la infiel!

Dejadme, espectros lívidos,
¿No os basta con el día
En que de angustia y tedio
Llenais el alma mía,
Que muere de dolor?

Mi mustia frente pálida
Refresca aura nocturna.
Alma sonora, elévate,
Y arranca de la urna
Un cántico de amor!

Vanidad de la hermosura.

I.

Del trópico eres hija,
De gracias eres fuente:
Tu seno es todo un mayo,
Tu boca es un clavel:—
Son rosas tus mejillas,
De un ángel es tu frente,
Tus ojos brotan fuego,
Tus labios vierten miel.

Tu mórbida cintura
Colúmpiase donosa
De la cubana danza
Al éco celestial,
Como el flexible tallo
De perfumada rosa
Al soplo bonancible
Del plácido terral.

El sol te dá su lumbre.
Los valles sus palomas,
La tierra sus primores,
La luna su fulgor:

Los céfiros te arrullan
Con músicas y aromas,
Y son preciosas perlas
Tus lágrimas de amor.

Eden de maravillas
Hacer el cielo quiso
La venturosa tierra
Do vives, oh mujer,
Cual anjel de ventura
En rico paraíso,
Rodeada eternamente
De palmas y laurel.

Amar es tu destino,
Y amar es tu embeleso,
Las flores de los campos
Las olas de la mar:
Y al son del arpa de oro
Y el palpitante beso
Del céfiro que ajita
Tus rizos al flotar.

Te gozas y suspiras
En éstasis suave,
Como gallarda ninfa
Que mora en un Eden,
Con la sonora fuente
Y el cántico del ave,
Y el cisne blanco y leve
Que llega hasta tus pies.

II.

Mas piensa, mi hermosa niña,
Que puede dejar clavada
En tu mejilla rosada
La muerte su crudo harpon;

Y que tus flores mas bellas
Morirán una por una
Sin esperanza ninguna,
Ni amor en el corazon.

Piensa que todas las galas
Con que el mundo se atavia
No son mas, oh nifia mis,
Que sombras de las de ayer,
Y que la fuente mas pura
Y de mas frescos raudales,
De una pobre sepultura
A veces suele nacer.

Piensa tambien que ese rayo
Del sol que brilla en tus ojos,
Y baña de tintes rojos
Tu mejilla virjinal,
Será mañana la trémula
Última luz que sombria
En tu postrera agonía
Verán tus ojos brillar.

Te juzgas fuerte y hermosa,
Y no sabes que la tierra
En sus entrañas encierra
El insecto roedor
Que de tus labios los besos,
Y las rosas de tu frente,
Carecerá lentamente
Beso á beso y flor á flor.

RAFAEL MENDIVE

Un hijo.

Sí, yo le ví llorar. Sobre su pecho
Inclinada la frente, junto al lecho
De un cadáver helado.
Sí, yo le ví llorar. Y sus jenídos,
Por el dolor intenso comprimidos,
Lanzaba el desgraciado.

¡Ay lloraba á su madre! Pobre anciana,
Justa, alegre, feliz, buena cristiana,
Y de repente muerta.
Muerta! Muerta! Cadáver insensible!
El destino es un Dios bien inflexible. . . .
¡Cuánta cuna desierta!

Llora amigo, perfuma con tu llanto,
Riego de la virtud, incienso santo,
Ese mudo esqueleto.
Llora á tu madre, llora, pobre amigo!
Yo de tu amargo padecer testigo,
Tambien lloro en secreto.

Que sé por esperiencia, aunque muy niño
Ay! de la mía me faltó el cariño,
Lo que una madre vale,

Y el pesar que acongoja nuestra vida,
Pesar oculto que jamás se olvida
 Cuando de esta ella sale,

Cual suelta pluma que arrebatara el viento
Perdidos en la sombra del tormento,
 En los mares del odio,
Vagamos sin tener quien nos consuele,
Quien nos muestre la ruta, quien nos vele
 Como un ángel custodio.

¡Oh, llora, amigo, llora! Cuando el cielo
Como negro ropon de grande duelo
 En los espacios tienda,
Y la noche sombría y silenciosa
Triste como el dolor que nos acosa
 Sobre el mundo descienda,

Al cementerio aislado ambos iremos
Y esos sagrados restos guardaremos
 En su terrestre cuna,
Y uniremos los dos nuestros gemidos
Con los ayes y flébiles quejidos
 De la brisa nocturna.

Y tú irás á llorar por la que ahora
En ese lecho ya difunta mora;
 Y á recordar la mía.
Porque ¡ay! su sepultura está lejana.
Y otra noche, otro ambiente, otra mañana
 Doran su piedra fría!

Pero los dos, amigo, enlazaremos
En la santa plegaria que elevemos,
 Sus dos nombres sagrados.
Y en las sombras benignas y calladas
Vendrán á oír las súplicas amadas
 Sus manes respetados.

Estacion de amores.

(FRAGMENTO DEL POEMA "RICARDO Y LUCIA.")

Despunta ya la alegre primavera
Con su tren de esmeraldas y de olores,
Vida y placer vertiendo, por do quiera,
Y al campo matizando en mil colores.
De aves inmensa multitud parlera,
Y enjambres mil de insectos bullidores,
Por la etérea rejion se multiplican
Y de los prados el verdor salpican.

Todo es animacion, y se diría
Que la naturaleza está de boda.
Inunda el aire célica armonía,
Suaves conciertos es la tierra toda.
En olas de perfumes y ambrosia
Se mece el alma de placer, beoda:
El aura blanda al aquilon destierra,
Y amor reina en el valle y en la sierra.

Y del arroyo el murmurar parece
Tierna queja de amor; suspira el viento;
La planta que en el campo reverdece
Rebosa en amoroso sentimiento:

**Del gallardo laurel, cuando se mece,
Afectuoso es tambien el dulce acento,
Y los humanos pechos mas se inflaman
Al ver que flores, agua y viento aman.**

SÁLVADOR SANFUENTES

Oracion.

Arrodíllate y ruega! Aquí reposa
Una víctima mas! Joven, hermosa
Flor temprano cortada.
Nació ornada de halagos y fortuna....
Ah! pero un áspid la mordió en su cuna....
Y héla en polvo tornada!

Su vida fué un tormento, una agonía
De pena y de dolor, triste armonía!
Un martirio incesante!
Anjel, buscaba un cielo que no via!
Mujer ardiente palpitar sentia
Su corazon amante!

¡Qué extraño sueño! Qué distinto lecho!
¡Qué horrible cuarto! ¡Qué siniestro techo
Sobre la tumba y losa!
Vivir... y el mundo su riqueza ostenta!
Soñar y como un rayo en la tormenta
Apagarse en la fosa!

Arrodíllate y ruega! Talvez lleve
A la difunta virjen, aunque leve,
Tu plegaria un consuelo!
Así brilla en la noche tenebrosa,
Joyel de su diadema luminosa,
Una estrella en el ciclo!

Las horas fujitivas, con las horas
Se unen y pasan; rápidas auroras
Van formando la vida.
El tiempo, esclavo vil, feroz monarca,
En su fatal reloj la última marca;
Y sueña la partida!

Y quién puede despues de que ha sonado
La hora prescrita, sorprender al hado
Y decirle: mañana?
Qué porvenir tan bello se ofrecia!
Oh dejadme aguardar hasta otro dia! . . .
¡Delirio, ilusion vana! . . .

Tú no has hecho al morir, pobre hermosura,
Mas que subir á otra mansion mas pura
Donde todos iremos.
Has cumplido la órden del destino;
Has llegado á la meta del camino
Que todos tocaremos!

Tus lábios beben en la eterna fuente;
Eterno, claro sol baña tu frente
De amor sin mancha emblema.
Y la ciñe de eternos resplandores
En vez de perlas y terrestres flores,
Anjélica diadema.

Lastimas.

¡Cuántas flores se marchitan
Donde los hombres habitan
Por falta de agua y calor!
Cuántas mujeres padecen,
Se doblan y languidecen
Por falta de aire y de amor!

Ah, es horrible, muy horrible,
Para toda alma sensible
Ver desdicha, sombra ver.
Allí un astro se oscurece,
Aquí una ilusion perece,
Acá sufre una mujer.

Aquella flaca, llorosa,
Que fué alegre, que fué hermosa,
Nació para ser feliz.
Nació á amar y ser amada,
Fué una alma privilegiada
Y el hombre la hizo infeliz.

Otra en deseos ardía
De virtud, de poesía,
De esperanza celestial.

Vivió tan solo un momento;
La mató su sentimiento;
La virtud le fué fatal!

¡Cuánta ilusion que ya es tierra!
¡Cuántos misterios encierra
Tan rara decrepitud!
Es un rasgo la hermosura,
La esperanza es amargura,
Y vejez la juventud.

Esa flor que se consume
Que pierde gala y perfume
Amaba á otra, era flor.
Y al hallarse triste y sola,
Cerró su linda corola
Blando nido del amor.

Y en vano aguarda que vuelva,
Allá se quedó en su selva,
Su flor, su vida, su bien!
Y las bellas mariposas,
Amantes de esas dos rosas,
Allá quedaron tambien.

En vano aguarda! Ya cubre
Abrojo y tierra insalubre
Su aniquilada raiz!
Su tallo fuerte se cae
Y el insecto nó le trae
Ningun mensaje feliz.

Oh! las rosas, los jazmines
Que tapizan los jardines
De la enojosa ciudad,
Son los buenos corazones
Sumidos en las prisiones.
De horrible necesidad.

Son los pobres, los mendigos,
Que nunca tienen amigos,
Ni consejo, ni salud.
Es esa raza proscrita
Que el hambre desacredita.
Que mata la esclavitud.

Cuántas flores, cuanto aroma,
Cuántas almas de paloma
Sarcasmo del hombre son!
¡Cuántas trasforma en materia
El engaño, la miseria
Y la vil prostitucion!

Vive, linda flor silvestre,
En tu morada campestre,
Sin envidiar el jardín.
Creec junto á ese arroyuelo,
Donde se contempla al cielo
Y se baña el serafín.

Donde el árbol gigantescoc
Te guarda del sol, y fresco
Rocío puro te dá.
Donde el insecto volando
Te besa y pasa cantando
Cuando viene y cuando vá!

Oro guardar es pobreza.
Sin espresion no hay belleza
La virtud es el amor!
La libertad es la vida,
Una alma con otra unida
Pueden triunfar del dolor.

Jeremias.

Ay! del infame que con rostro enjuto
Vé sufrir al mendigo,
Y á quien no mueve la orfandad del luto
Ni el llanto del amigo.

Ay! del inícuo que con alma impura
Y mentirosa boca,
Destila en la virtud hiel de amargura,
Y á un Dios que niega invoca.

Profeta falso, sacerdote impío
Predica la justicia;
Y en la ambicion de humano poderío
Tu corazón se envicia.

Adónde está tu Dios? ¿**Dónde** el calvario
Que purifica al mundo?
Huye la fé tu impúdico sagrario
Que mancha lodo inmundo.

Si quereis que la luz del cristianismo
Penetre al universo,
La mentira arrojad y el fanatismo
Del corazón perverso.

Y mostrad á los ojos del que ansía
Alcanzar ese cielo,
No el Dios oculto tras la noche umbría
Como un fúnebre velo;

Sino aquel Dios que donde quiera muestra
Su faz bella y augusta,
Que tiende al triste y al feliz su diestra,
Que con terror no asusta.

Ese Dios que proclama en su lenguaje
Con espresion sublime,
El sangriento suplicio del ultraje
Que en el amor redime.

Y ay! del que entonce con su lengua impía
La ponzoña derrame,
Y aun ciego en los vapores de la orjía
A la inocencia infame!

Ay! del inícuo que el martirio vende,
Que á las almas engaña,
Y con una creencia que no entiende,
De Dios la gloria empaña.

GUILLERMO MATTA.

Al nacimiento del Redentor,

CÁNTICO.

Vénite exultemus Domino.....

SALMO LXXXIV.

¡Virjenes de Judá, templad gozosas
Las cítaras suaves
Y vuestra frente coronad de rosas!
¡Canten himnos las aves
De insólita dulzura!
¡Bramen de gozo los silvestres brutos!
¡Conmueva el mar su líquida llanura!
¡Sus mas preciosos frutos
Las plantas y los árboles ostenten!
Rindan do quier trébutos
De variados aromas
Las yerbas y las flores!
¡Que las ondas se arjenten
De toda fuente ó rio!
¡Que los montes y lomas
Se cubran de verdores
Bordados por las perlas del rocío!
¡Que arrullen las palomas
Con ecos jemidores

Desde el bosque sombrío,
Mansion de sus tiernísimos amores!
¡Que en caprichosos jiros,
Besando el seno de fragantes rosas,
Las auras vagorosas
Imiten de placer dulces suspiros!
¡Que se pueblen los aires de armonías,
Y que la tierra toda,
(Vuelta al vigor de sus primeros días)
Como vírjen galana
En su festiva boda
De su pompa y beldad se ostente ufana;
Mientras los puros rayos matinales
Esmaltan de oro y de zafir y grana
Los muros celestiales!
Disipando las sombras de la muerte
Luce, por fin, ese astro de alegría
Que un siglo al otro siglo prometia,
Y que hoy en gloria nuestro afan convierte.
¡Cantemos al Dios fuerte!
¡Cantemos la salud que nos envia!

¡Resuenen los salterios
Con ecos jubilosos
Y trompas y clarines
Divulguen los misterios
Que adoran silenciosos
Los altos querubines!

¡De cien jeneraciones
Se cumple la esperanza,
Con rabia del infierno;
Y á todas las rejiones
La luz diyina alcanza
Con su fulgor eterno!

¡Belen! ¡Ciudad dichosa!
No ya, como solias,

Te humilles á ninguna,
Pues tú guardas gloriosa
Del celestial Mesías
La sacrosanta cuna.

¡Corred, corred, naciones!
¡Venid, remotas jentes,
Con júbilo profundo,
Y al son de bendiciones
Postremos nuestras frentes
Al Redentor del mundo!

J. G. DE AVELLANEDA.

Maternidad.

Ya en medio del mar ríela
La tibia luz de la luna;
Tú duermes; y aquí en tu cuna
Mi amor dulcemente vela.
Y aunque ahora no me sonria
Tu labio justo y sincero,
Dormida besarte quiero;
Duerme, duerme, niña mia.

Del baile alegre y brillante
Oigo los plácidos sonos,
Y el ruido de los salones
Llega hasta aquí palpitante.
Allá entre luz y armonía
Habrá placer, ilusion;
Pero aquí mi corazon
Contigo está, niña mia.

Cuando yo, vivaz doncella,
Del baile el umbral pisaba,
Nueva vida allí encontraba
Brillante, espléndida y bella;
Y mi alma de su alegría
En las ondas se bañaba. . . .
Mas ¡ah! cuán poco duraba.
¡Duerme, duerme, niña mia!

Callaban flauta y violin
En la sala ya desierta,
Y del sarao á la puerta
Nos esperaba el quitrin.
La ilusion desaparecia,
El desencanto llegaba. . . .
Pero tu amor no se acaba
Como un baile, niña mia.

Triste luego ante el espejo
Deponía el rico adorno
Que de mis sienes en torno
Derramaba su reflejo,
Y sin orden desprendia
El lazo, la cinta, el broche. . . .
Cuánto afan para una noche!
Duerme, duerme, niña mia.

Y cuando luego doblaba
En la almohada mi frente,
Largo rato inútilmente
Con el insomnio luchaba:
Oh! entónce, entónce sentía
De la inquietud el tormento,
Y ora velándote siento
Dulce placer, niña mía.

La ilusion á las doncellas
Las lleva sobre las alas;
A ella flores y galas,

Fiestas y bullicio á ellas.
Yo gocé tambien un dia
Ese encanto pasajero.
Yo soy madre. . . . ¿qué mas quiero,
Que mas quiero, niña mia?

De mis dias venturosos
Eres la dicha mayor,
Tú, relicario de amor
De dos felices esposos.
Tú de mí vejez sombría
Luz y esperanza serás,
Tú mis ojos cerrarás;
Duerme, duerme, niña mia.

El viene. . . .! ya oigo sus pasos.
Oh! ¡qué ventura es ser madre!
Con amor de esposo y padre
Nos estrechará en sus brazos.
Ah! que tu boca sonria
Cuando él te bese la frente. . . .
Mas no, reposa inocente;
No despiertes, niña mia.

MIGUEL T. TOLOS

La madrugada.

Necio y digno de mil quejas
el que ronca sin decoro,
cuando el sol con rayo de oro
da en las domésticas tejas.

¿Puede haber cosa mas bella
que de la arrugada cama
saltar, y en la fresca grama
del campo estampar la huella?

Campo digo, porque pierde
la mañana su sonrisa,
en no habiendo agreste brisa
mucho azul y mucho verde.

No hay que gozarla en ciudad:
en todo horizonte urbano
se estaciona de antemano
triste vaporosidad.

Luego ved tanto edificio
alto, serio . . . Angustia dan:
el alba, el sol allí estan
como sacados de quicio.

No: yo he de andar á mis anchas
una campiña florida,
por ver del alba querida
la faz vírjen y sin manchas.

Verla en Oriente lucir
diáfana, rosada y bella,
como una casta doncella
que enamora al sonreir.

Yo no sé como hay cabeza
tan interesada y fria,
que no ame al rayar el dia
la hermosa naturaleza.

Vedla rejuvenecerse,
vedla rodar con el rio,
brillar pura en el rocío,
con las árboles mecerse.

Arrastrada en el reptil,
tiesa y alzada en el bruto,
dulce en el colgado fruto,
risueña en la flor gentil.

¡Oh Dios! . . . ;Allá en mis muñecas,
antes de brotarme el bozo,
con qué sencillo alborozo
vine á ver esto mil veces!

Ya una errante mariposa
con su matiz me atraía;
ya olvidado me ponía
á contemplar una rosa.

Siempre alegre.—Ya se vé:
nunca entonces cavilaba;
ni mis cejas arrugaba
algun triste no sé qué.

Después como entré en mas años
y como ví una hrrmosura,
tuve por triste locura
ver sol, montes y rebaños.

¡Qué ingrato fui!—Pero bien
se vengó naturaleza:
aquella ingrata belleza
olvidóme con desden.

Vertí un mar de llanto: el alma
no se me hallaba sin ella:
al fin una amiga estrella
dolióse y me puso en calma:

¡Oh, qué dolor tan agudo
el olvidar! . . . Pero al cabo,
rotos los grillos de esclavo.
curóme el médico mudo:

El tiempo, el tiempo veloz,
que tiñe nuestras cabezas
de blanco, y tantas bellezas
deja sin luz y sin voz.

De entonces acá me place
ver la escena matutina
segunda vez:—medicina
celestial que me rehace.

Con todo, mis cicatrices
se ensangrientan, y suspiro,
adonde quiera que miro
dos amadores felices.

Y aun con menos ocasion:—
si oigo el susurro alterno
de dos palmas, en lo interno
se me angustia el corazon.

Si en un ramo miro á solas
dos aves cantar querellas,
si relucir dos estrellas,
si rodar dos mansas olas,

Si dos nubes enlazarse
y por el eter perderse;
si dos sendas una hacerse,
si dos montes contemplarse;

Me paro; y con ansiedad
recuerdo que á nadie adoro:
miro tanto enlace y lloro
mi continua soledad.

Olvido.

Llegó aquel del amor temido instante
En que risueña la mujer olvida;
Porque mordió en el árbol de una vida
 La misteriosa flor!
Llegó del desencanto amargo día,
Aquel en que la sierpe tentadora
Rompe en el mismo vaso del que adora
 La copa del amor!

Apenas ví la luz y ya en tu cielo
Rueda á morir el sol de mi ventura:
La luz del alba era radiante y pura
 Como aurora boreal!
Y destrozas la imájen de tu amante
Con una piédra que se llama "olvido",
Porque tu frájl corazón ha sido
 Espejo de cristal.

Ay! por qué quieres ofrecerle al día
Como un lecho nupcial la noche oscura?
Y que la hermosa flor de una alma pura
 Se deshoje al nacer?
Y en mis recuerdos contemplar unida
La mas bella ilusión al desencanto,
La pasión al desden, la risa al llanto,
 Y al ángel la mujer?

Por qué quieres huir de tus altares,
Sacerdotisa apóstata del cielo,
Y rasgar en el templo el blanco velo
 Que ciñe la vestal?
Y que falte en la noche de tu olvido
Luz al altar, al ídolo las flores,
Y se apague ante el Dios de los amores
 La llama celestial?

Yo le pregunto al aire si suspiras;
Yo interrogo á las perlas si tú lloras;
Y me responden al morir las horas
 Que no saben tu amor. . . .
Y he aprendido á llorar entre las flores
Que mueren con el sol las mas lozanas,
Y me dicen las rosas tus hermanas:
 Ella tambien es flor!

Del bosque las sonoras armonias
Que dan al viento sus ligeras alas,
Dicen que vistes sus aéreas galas
 Y que sabes volar;
Y la trémula voz de las espumas
En sus prisiones de cristal cautivas,
Huyendo de mis plantas fujitivas,
 Que eres ola del mar.

El beso del crepúsculo á la nube,
Pálida vírjen que su faz colora,
Me dices que eres nube de la aurora
 Y fugaz arrebol;
Y el último suspiro de la tarde,
Del incendio del astro frio lecho,
Me dice que la nieve de tu pecho
 Es la tumba del sol.

Quién pensára jámas que tan risueña
Flor entreabierta al aura de la vida,

Cayese por los vientos sacudida
Como tu amor de ayer?
Mas tu no eres vestal, ni flor, ni ave,
Ni ola del mar, ni nube sonrosada....
Ni eres todo á la vez... tú eres la nada
Con rostro de mujer!

Mujer! dulce caricia de un instante....
Mujer! hermosa lágrima del cielo....
Mujer! confusa union de fuego y hielo
De amor y de desden!
Mujer! rayo de luz del paraiso,
Copa de hiel de borde almibarado,
Del cielo ángel maldito y desterrado,
Serpiente del Eden!

Ay! del que fia en la mujer que adora
Y con la risa del amor se embriaga,
Que ha de correr tras una sombra vaga
Huyendo sin cesar!

Verá á la luz el oro transparente
Cual prisma de cristal de mil colores,
Las perlas en el árbol, y las flores
En el fondo del mar!

Verá caer la voladora llama,
Subir la roca hasta el azul vacío,
Y cuajarse en diamantes el rocío
Que hace temblar la flor.

Podrá su mano aprisionar el viento,
Guardar entre las nubes el sonido,
Antes de hallar en el Eden perdido
El nido del amor.

A EL.

Era la edad lisonjera
En que es un sueño la vida,
Era la aurora hechicera
De mi juventud florida,
En su sonrisa primera:

Cuando contenta vagaba
Por el campo, silenciosa,
Y en escuchar me gozaba
La tórtola que entonaba
Su querella lastimosa.

Melancólico fulgor
Blanca luna repartía,
Y el aura leve mecía
Con sopro murmurador
La tierna flor que se abría.

¡Y yo gozaba! El rocío,
Nocturno llanto del cielo,
El bosque espeso y umbrío,
La dulce quietud del suelo,
El manso correr del río,

Y de la luna el albor,
Y el aura que murmuraba
Acariciando á la flor,
Y el pájaro que cantaba
Todo me hablaba de amor.

Y trémula, palpitante,
En mi delirio estasiada,
Miré una vision brillante,
Como el aura perfumada,
Como las nubes flotante.

Ante mí resplandecía
Como un astro brillador,
Y mi loca fantasía
Al fantasma seductor
Tributaba idolatría.

Escuchar pensé su acento
En el canto de las aves:
Eran las auras su aliento
Cargadas de aromas suaves
Y su estancia el firmamento.

¿Qué ser divino era aquel?
Era un ángel ó era un hombre?
Era un Dios ó era Luzbel?
Mi vision no tiene nombre?
Ah! nombre tiene. . . . ¡Era *En!*

El alma guardaba tu imájen divina
Y en ella reinabas ignoto señor,
Que instinto secreto talvez ilumina
La vida futura que espera el amor.

Al sol que en el cielo de Cuba destella,
Del trópico ardiente brillante fanal,
Tus ojos eclipsan, tu frente descuella
Cual se alza en la selva la palma real.

Del genio la aureola, radiante, sublime,
Ciñendo contemplo tu pálida sien,
Y al verte, mi pecho palpita, y se oprime,
Dudando si formas mi mal ó mi bien.

Que tu eres, no hay duda, mi sueño adorado,
El ser que vagando mi mente buscó,
Mas ¡ay! que mil veces el hombre, arrastrado
Por fuerza enemiga, su mal anheló.

Así ví á la mariposa
Inocente, fascinada
En torno á la luz amada
Revolotear con placer.

Insensata se aproxima,
Y le acaricia insensata,
Hasta que la luz ingrata
Devora su frágil ser.

Y es fama que allá en los bosques
Que adornan mi patria ardiente,
Nace y crece una serpiente
De prodijioso poder.

Que exhala en torno su aliento,
Y la ardilla palpitante,
Fascinada delirante,
Corre! . . . y corre á perecer!

Hay una mano de bronce,
Fuerza, poder ó destino,
Que nos impele al camino
Que á nuestra tumba trazó? . . .

Dónde van, dónde, esas nubes
Por el viento compelidas? . . .
Dónde esas hojas perdidas
Que del árbol arrancó? . . .

Vuelan, vuelan resignadas,
Y no saben dónde van,
Pero siguen el camino
Que les forma el huracan.

Vuelan, vuelan en sus alas
Nubes y hojas á la par,
Ya á los cielos las levante
Ya las sumerja en el mar.

Pobres nubes! ¡pobres hojas
Qué no saben dónde van!
Pero siguen el camino
Que les traza el huracan.

JERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

¡ Maria!

Esa que veis, gentil como la aurora,
Ninfa graciosa del rosado velo,
Tierno destello del azul del cielo,
Exhalacion del céfiro y de Flora:
Esa deidad que entre los hombres mora
Como flor trasplantada de otro suelo,
Como avecilla que cortó su vuelo,
Y en nido extraño por su nido llora:
Mas serena que el íris de la alianza,
Mas plácida que el rayo de la Luna,
Mas fresca que la gota de rocío,
Mas suave que el placer de la esperanza,
Mas dulce que el reir de la fortuna,
Es la beldad que adora el pecho mio.

JOSÉ BATRES Y MONTFÚAR.

Serenata de don Juan.

(DEL POEMA INEDITO "EL ANJEL CAIDO." C.4 °).

Coronada de estrellas
La noche está sombría,
Pero entre todas ellas
La venturosa mía
No veo desde aquí.
Anjel mio despierta
Que velando á tu puerta
Estoy solo por tí.

Si como tengo vieras
El corazon ahora,
Sin duda oír me hicieras
Tu voz consoladora,
Bálsamo para mí.
Vida mia despierta,
Que velando á tu puerta
Estoy solo por tí.

Mas dulce que el arrullo
De la paloma, tierno,
Así del labio tuyo,
Fuente de amor eterno,
El eco es para mí.
Anjel mio despierta
Que velando á tu puerta
Estoy solo por tí.

De la palabra aquella
Tan armoniosa y bella,
Que me electriza el alma
Y mis pasiones calma
Vierte el hechizo en mí.
Vida mia despierta
Que velando á tu puerta
Estoy solo por tí.

Por el amor movida
De tu pupila negra
La mirada encendida
Que el corazón me alegra
Lánguida llegue á mí.
Alma mia despierta
Que velando á tu puerta
Estoy solo por tí.

Que al menos tu sonrisa
Me acaricie un momento,
O como pura brisa
Tu perfumado aliento
Vague en torno de mí.
Anjel mio despierta
Que velando á tu puerta
Estoy solo por tí.

Abreme que deliro
O niña! y pierdo el seso
Por el tierno suspiro,
Por el ardiente beso
Que guardas para mí.
Vida mia, despierta
Que velando á tu puerta
Estoy solo por tí.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

La venida a la ciudad.

¡Y pisas ya de la ciudad el suelo!
¡Huyes del aura el amoroso arrullo!
Tú, blanda flor, cuyo primer capullo
Nació al besarse con la tierra el cielo!

Al árido volcan los azahares
Suben jamás? ¿El matinal rocío
Las siestas ven? ¿O por el bosque umbrío
Deja el coral los azulados mares?

Y tú, Delina, cuya leve cuna
Entre el silencio de las noches calmas,
Se remeció bajo las verdes palmas
Al rayo oblicuo de la curva luna.....

Tú, que detras de embovedadas yedras
Sola y desnuda por las vegas hondas,
Los pies aun dentro de las túbias ondas,
El coco hendias sobre lisas piedras....

Tú, sonrisa de amor, tú bajo el techo
Hoy de los hombres á sentarte vienes!
¡A reclinar tus virjinales sienes
Del infortunio en el pomposo lecho!

¡No! ¡lejos! ¡ay! que en él por cada pluma
Su leve punta asoman las espinas,
Y el sueño que se enconde en las cortinas
Con beso impuro el corazón abruma.

¡Lejos, Delina, lejos! Torna cauta,
Torna del bosque al celestial perfume,
Torna al jemir de tu paloma implume,
Mas blando, sí, que el son de sabia flauta.

Torna á mirar por el ceñudo monte
Rodar saltando el rollo de verdura,
Desplegado alfombrar la gran llanura
Y perderse en lo azul del horizonte.

Torna, y de noche entre las ondas flojas
De la hamaca que vió tu primer lloro,
De fina lluvia al murmurar sonoro,
Cayendo oiras del plátano en las hojas.

Torna á tus vegas, vírjen inocente:
Ah! no te asustarán en las cabañas,
Del pobre cazador en las montañas
La ronca voz y nebulosa frente.

No allí la temas, nó: que el soplo manso
Del llano nunca refrescó su seno;
Nunca bajó de la mansion del trueno,
Por donde vuela sin gozar descanso.

De lo que fué tan solo la memoria
Resta, cual tronco de abatido sauce,
Como de gran torrente el seco cauce,
O como el eco de abismada gloria!

Torna á las vegas. El, grosero sayo
Vistiéndose, descalzo, con ceniza
Emblanqueciendo su melena riza,
Irá á las cumbres do lo espera el rayo.

JOSÉ EUSEBIO CARO

La inocencia.

Cuando por el sol de Julio
Agostadas las sabáanas,
La menor chispa de fuego
Forma horribles llamaradas,

Sin oposicion alguna
El incendio se dilata,
Y aniquila cuanto encuentra
Llevado del viento en alas;

Mas en medio de un arroyo
Pequeño islote se alza,
Vestido de enredaderas
Y coronado de palmas.

Allí tranquilo contempla,
El elemento que tala
Los campos que le circulan,
Y en la opuesta orilla pára.

Asi brilla la inocencia
De la vida en las borrascas;
Ni el fuego de las pasiones,
Ni la ambicion la anonadan:

Porque duerme en su conciencia
Y siempre que la amenazan,
Cuál manantial cristalino .
La cerca la virtud santa.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDEZ. (a Plácido.)

A un Condor enjaulado.

Un tiempo allá en el suelo americano
Te aclamaba por rey la alada plebe,
Y de los Andes la mas alta nieve
Atras dejabas en tu vuelo ufano:

El espacio sin fin del aire vano
Era tu imperio; mas en cárcel brève
Hoy en vano tus alas alza y mueve
Tu no perdido instinto soberano.

Cuánto, al mirarte, oh cóndor, me apiadas
Preso y en suelo, como yo, extranjero!
Mas yo pronto á las playas adoradas

De mi dulce Perú volver espero,
Y tú, blanco curioso á las miradas,
Ausente morirás y prisionero.

CLEMENTE ALTHAUS.

La libertad.

Ceñida de relámpagos
La tempestuosa frente,
Derriba los alcázares
Y, trémula, rujiente,
Escombros y cadáveres
Se sienta á contemplar;
Y besando flamíjera,
La ponderosa clava
Y la orgullosa púrpura
De los tiranos lava,
De roja sangre cálida
En un inmenso mar.

Aténa, noble víctima
De la ambicion, del ódio,
La diosa invoca férvida,
Y el valeroso Harmodio
Clava un puñal . . . del déspota
Libre á su patria vé.
La formidable Némesis
De Bruto arma la diestra:
Al dictador sacrílego
Colérica le muestra . . .
Del Tíber la onda rápida
Murmura "César fué."

Encantadora América,
Rejion de los aromas,
Donde suspiran lánguidas
De Venus las palomas,
Despierta! . . . El orbe atónito
Tu yelmo vea lucir.
No mas tus glorias ínclitas
Ultrajen los tiranos;
¡Abre los ojos, míralos
Imbéciles emanos,
Son los que ven tus lágrimas,
Con júbilo surjir.

Qué se hizo la titánica,
La raza lidiadora,
Que en las gigantes cúspides
Del Andes, triunfadora,
El colombiano lábaro,
De redencion clavó?
¿Do los clarines bélicos,
Los roncós atambores
Y dónde el son horrísono
Que en tumbos mujidores,
Allá en Junin, las aguilas
Iberas ahuyentó.

Sobre tu blanca túnica,
Rota por mano impía,
Tiró su dado pérfido
La negra tirania,
Y se usurpó famélica,
¡Oh patria! Tu heredad.
Lloras? . . . tu llanto cálido
Enjuga, vírjen bella!
De tu infeliz horóscopo
La sanguinosa estrella
Recobrará su prístina
Serena claridad.

Deja los bosques, ídolo
Del colombiano suelo;
Ven, libertad, seráfico
Divino don del cielo!
Rompe los hierros bárbaros
Que forja la opresion,
Mueve tu hueste innúmera,
Aguija tus bridones;
Tu aliento como el ábrego
Sacuda los pendones
Que encomendaste al Hércules
Del mundo de Colon.

Ya tu celeste oráculo
Rujir cual trueno escucho:
“Con fraternales vínculos
“Los bravos de Ayacucho
“Uniéronse;—no el número
“Los hizo allí vencer;
“Austera virtud cívica
“Nutrió sus grandes almas:
“Así segaron vívidas
“Y triunfadoras palmas,
“Cuyos marchitos vástagos
“Aun pueden florecer.

“Union!...Y nueva Débora,
“¡O patria agonizante!
“De la victoria el cántico
“Entonarás triunfante,
“Y cual radiosa pléyada
“Tu gloria brillará.
“En vividores mármoles
“Leerá la edad futura
“Tu portentosa pájina,
“Tu injénita bravura,
“Y de tus nobles mártires
“La suerte envidiará.”

¡Oís!...desde su trípode
Ardiendo el ojo en llama,
Con sorda voz profética
“¡Union!” la diosa clama,
Y fulminosas ráfagas
Ajitan su broquel...
Encantadora América,
Rejion de los aromas,
Donde suspiran lánguidas
De Venus las palomas,
Despierta!...El orbe atónito
Contempla tu laurel.

ABIGAIL LOZANO.

Pienso en ti.

Yo pienso en tí; tú vives en mi mente,
Sola, fija, sin tregua á toda hora,
Aunque talvez el rostro indiferente
No deje reflejar sobre mi frente
La llama que en silencio me devora.

En mi lóbrega y yerta fantasia
Brilla tu imájen apacible y pura,
Como el rayo de luz que el sol envia
Al través de una bóveda sombría
Al roto mármol de una sepultura.

Callado, inerte, en estupor profundo,
Mi corazon se embarga y se enajena,
Y allá en su centro vibra moribundo
Cuando entre el vano estrépito del mundo
La melodía de tu nombre suena.

Sin lucha, sin afan y sin lamento,
Sin ajitarme en ciego frenesí,
Sin proferir un solo, un leve acento,
Las largas horas de la noche cuento,
Y pienso en tí.

. JOSÉ BATRAS Y MONTÚFAR.

La mariposa.

Lijera como el perfume
Del aire que ajita su ala,
Al nacer un sol asume
Toda su espléndida gala,
Que el siguiente sol consume.

Juega, triesca, vuela ufana,
Bebe el néctar que contiene
Y para ella la flor mana;
Ríe, ama, goza y tiene
Lindo el hoy . . . ¿pero, el mañana?

Amor, vida y lozania,
Hermosura exajerada,
Flores, néctar y ambrosia,
Qué son en resúmen? nada,
Ventura de solo un dia.

Y ventura peligrosa
Que á cada hora, á cada instante
Por lo mismo que es hermosa,
La asechanza vijilante
Persigue, cerca y acosa.

Como cerca, acosa y sigue
Hora á hora á la hermosura,
Que busca inquieta y persigue
Estrecha, apremia y apura
Sin que nada la fatigue.

¿Y qué de comun y aciago
Con el de una mariposa
Tiene el atractivo mago
De los quince de una hermosa?
Brevedad, peligro, halago.

Pues bella y fascinadora
Su juventud hechicera
Es una esplendente aurora,
Pero tan rauda y lijera
Como del placer la hora.

Ya de néctar una gota
Perfumada y cristalina
Que de flor que entreabre, brota,
Y que cuanto la avecina
Estremece, amaga, azota.

Y su gala y su atavio,
Como el perfume y la gala
De la rosa del estio,
Que se evapora y exhala
Como de enero el rocío.

Y sin cábala ni amaños,
Y bellas y candorosas,
Sin mundo ni desengaños,
Son como las mariposas
Las muchachas de quince años.

A Dios.

Señor, en el murmullo lejano de los mares,
Oí de tus palabras la augusta majestad,
Oí las susurrando del monte en los pinares
Y en la de los desiertos callada soledad.

Tu voz cruza en las brisas y en el perfume leve
Que brota á los columpios de la silvestre flor;
Tu sombra entre las aguas magnífica se mueve,
Tu sombra, que es tan solo, la inmensidad, Señor!

Tú diste á la esperanza las formas de una fada;
Purísima inocencia le diste á la niñez;
Si diste sed al hombre, le diste la cascada,
Si hambre, en cada espiga la aprisionada mies.

Y el niño y el anciano te llaman en su cuita,
Y acaso en los delirios el réprobo también;
Te llaman los lamentos de la viudez proscrita
Y el trovador que llora: "Jehová, te dice, ven."

Tu nombre en el espacio lo escriben los cometas
Con cifras misteriosas que el hombre no leyó,
Porque jamas supieron ni sábios ni poetas
El inmortal arcano que en ellos se encerró.

A mi Maria,

Si alguna vez del mundo
Tienes enojos
Y lloran lindas perlas
Tus lindos ojos;
¡Piensa alma mia
Que otros lloran á mares
Ay, de agonía!

Escucha mis cantares
Blanca azucena,
Que ellos nacen de un alma
De angustia llena,
Que te adora ¡ánjel mio!
Pura como las ondas
Del manso rio.

Me se divide el alma
De desconsuelo;
Si abro mis tiernos ojos
Y miro al cielo,
En mi amargura,
¡Todo es sombra y dolores,
Y desventura!

La luna se me esconde
Su rayo bulle
En medio de las aguas,
Y el pez que huye
Del manso viento,
Oye en las claras ondas
Mi sentimiento.

Y la flor amorosa
Se desconsuela,
La dulce tortolilla
Jime y no vuela;
Y va afijida,
El aura que refresca
Mi triste vida.

Se estremece mi alma
Con tu suspiro;
Toda la noche lloro
Y en tí deliro;
Y en mis enojos,
Amorosos me abrasan
Tus tiernos ojos.

El loco pensamiento
Sueña que toca,
Con sus alas de oro
Tu linda boca;
Pero despierto,
¡Y hallo en mi eterna noche
Todo desierto!....

La vida, pobre, ciega
De tanta angustia;
Y la frente arrugada
De dolor mústia;
Rogando á darme calma,
Venga la dulce muerte
Llevando el alma.

Lloras bendito ángel
De mis amores,
Al oír los cantares
De mis dolores:
Consuélate, alma mía!
Que otros lloran á mares
¡Ay, de agonía!

JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

Las dos Olas.

De blanda prisa impelida
Como dulces compañeras
Dos olas del mar salado
Marchaban á la ribera,
Cuando impaciente la una
Acusando la pereza
De su amiga, así le dice:
“Atras, taimada, te quedas;
Así nunca medrarás
Por andar con las pequeñas,
Verás como ahora me junto
Con otras olas soberbias,
Y me levanto del Ponto
En la superficie tersa,
Y sumerjo los navios
Y me trago hasta la tierra.”
No bien húbose engrosado
Y estendido, cuando envuelta
Por su misma pesadumbre
Quedó en espumas deshecha,

Y así acabó; mas la amiga
Que alzarse la vió tan hueca,
Siguió callada y tranquila,
Burlando de su demencia:
Ya un pintado pececillo
Saltando la sigue y juega,
Ya en ella el suave Favonio
Su planta toca lijera;
Y así se vá deslizando
Hasta que á la orilla llega,
Donde abraza la cintura
De una preciosa doncella,
Y sube á su rostro y moja
Su flotante cabellera,
Pasando á morir gozosa
En lecho de blanda arena.

Yo que mis redes cuidaba
En tanto que el sol las seca,
Y he dado en ambas locuras
De pescador y poeta,
Creí que el mundo era mar,
Y hombres las olas. Aquellas
Que de la calma se apartan
Desdeñando la pobreza,
Y con los grandes se juntan
Por ostentar preeminencias,
Son trasuntos de los vanos
Amantes de la opulencia,
Que mueren sin alcanzarla
Entre el ánsia y la miseria,
Desprendidos de los suyos
Por seguir quien los desprecia;
Y estas que caminan mansas
Y no ambicionan ni anhelan
Mas bienes que aquel estado
Que les dió naturaleza,
Son los pacíficos hijos
Del *Deber* y la *Prudencia*,

Que ni murmuran ni envidan,
Ni de los suyos se alejan,
Ni distinguen por colores,
Ni casan por conveniencia,
Ni se envaneceñen ni tienen
El trabajar por afrenta.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDÉS (a) PLÁCIDO

Decima.

Persigue el gato al raton
No por servir á su dueño,
Mas por natural empeño
De maligna oposicion.
¡Cuántos hay que tales son
Viéndose en alta privanza,
Pues con rastrera asechanza
Y depravada malicia,
Finjen amar la justicia
Por ejercer la venganza.

PLÁCIDO.

La fuga de la tortola.

(CANCION.)

Tórtola mia! Sin estar presa
hecha á mi cama y hecha á mi mesa,
á un beso ahora, y otro despues,
¿por qué te has ido? Qué fuga es esa,
cimarronzuela de rojos pies?

¿Ver hojas verdes solo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
Te llama el aire que susurró?—
Ay de mi tórtola, y allí quedó!
que al monte ha ido mi tortolita,

Oye mi ruego que el miedo exhala—
¿De qué te sirve batir el ala,
si te amenazan con muerte igual
La astuta liga, la ardiente bala
y el cauto *jubo*¹ del *manigual*?²

1 Culebra dolgada y comun que vive entre las piedras en los campos de Cuba.

2 *Manigual*—Conjunto de arbustos; lo mismo que maleza.

Pero ¡ay! tu fuga ya me acredita
que ansias ser libre, pasión bendita
que aunque la lloro la apruebo yo.—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves, ¿á quién confío
mi amor oculto, mi desvarío,
mis ilusiones que vierten miel,
cuando me quede mirando al río,
y á la alta luna que brilla en él?

Incontrastable, triste y marchita,
me iré muriendo, pues en mi cuita
mi confidenta me abandonó.—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
que al monte ha ido y allá quedó.

JOSÉ JACINTO MILANÉS.

La Ajitacion.

Imposible arrancar del alma mía
Sino acentos de amor! Caber no puede
Donde impera tu imájen adorada,
Patria, gloria, amistad . . . cuanto solía
Mi pecho conmover . . . ya todo cede
A la ardiente mirada
De tus luceros bellos!
Mal mi grado á sus májicos destellos
Mi turbulenta vida está sujeta,
Como al influjo de fatal cometa.
Cede el bajel al ímpetu rujiente
Del huracan sañudo,

Y al puerto amigo arrebatarse siente
O va á estrellarse en el peñasco rudo:
Asi en la fiebre do anhelando jira
Esta alma delirante,
Tus ojos son, Amira,
Los que entre el puerto y el peñasco, errante
Sin eleccion, perdido el albedrio
La oscilacion del huracan le imprimen,
Y en ciego desvarío
Lánzase á la virtud, lánzase al crimen.

Y este vaiven continuo, esta perpetua
Connocion es la vida?—¡Cuántas horas
Mudo, yerto, insensiblè,
Como la piedra en que sentado estaba,
En seguir las sonoras
Ondas de la corriente que pasaba
Inerte consumia!
Cuántas, la vista atenta
Iba siguiendo estúpido la lenta
Sombra que en derredor del tronco huia!

Campo de soledad, yo te buscaba
Porque el mundo decia,
Que la felicidad en tí habitaba,
En aquel corazon que la invocaba
Su misterioso bálsamo vertía
Mi corazon de fuego
En tí no la encontró: floresta umbría
Silenciosa montaña, campo triste,
Yo la paz de la vida te pedia,
Tú la paz de la tumba me ofreciste.

Felicidad ¿do estás? Este vacío
Que al dilatarse el corazon no llena,
Ven, ocúpalo tú. Si ronco suena
El guerrero el rin y á la matanza
El hombre vuélvete contra el hombre, díme
¿Bastárame empuñar la férrea lanza

**Y á la pugna volar? Cuando mi diestra
Al son triunfal de los preñados bronce
En sangre bañe la mortal palestra,
Misteriosa deidad ¿te hallaré entonces?**

**En el tropel del mundo
Yo tambien te busqué. Torvo guerrero
Sobre carro veloz, de lauro ornado,
Ajitando el acero,
En lágrimas y sangre salpicado,
Rauda al cruzar la turba peregrina
“Felicidad, felicidad” clamaba,
Y en tanto “aquí domina”
Otro desde la tumba le gritaba.**

**¿En la vida? En la muerte?
Dónde estás para mí?—Silencio mudo!
Y las horas corrian!
Y los años volaban!
Las hojas de los árboles caian
Las hojas en los árboles brotaban.**

**Una mujer! con su flotante velo
Tocó al pasar mi frente:
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
Mis entrañas temblaron de repente:
Los brazos tiendo á la fantasma bella
Mas al asirla, alzada
Ví una ara ante mis piés, y detras de ella
Mi vision adorada:
Y un misterioso acento que decia,
“Profanacion . . . delito!”
Y en su abatida frente se leía
Un juramento escrito.
Mi planta no, mas de mi pecho ciego
Llegó un lamento á penetrar su oído,
Y en sus trémulos lábios tocó el fuego
De mi ardiente jemido!
Abrió sus ojos por la vez primera**

Lanzándome una lánguida mirada,
Cual si sus puertas el infierno abriera
A un alma condenada.

¡Ah! ¿qué me importa? Ajitacion sublime
¡Yo te adoro! Tú eres
Alma de mi existencia.—Oprime, oprime
Un corazon á quien la calma espanta,
Inunda, inunda mi mejilla en lloro:
Clamar me oirás entre congoja tanta:
Ajitacion sublime, ¡yo te adoro!

VENTURA DE LA VEGA

Al retrato de mi madre.

Es ella, sí: la venerada frente
Que adoró mi niñez, de nuevo miro
Con profunda emocion, aunque las huellas
Del tiempo y del dolor tiene grabadas.
Hé aquí los ojos que mi débil cuna
Estáticos velaban, y los lábios
Que con tierno cariño tantas veces
En mi pálida frente deponian
El santo beso maternal. . . Imájen
De la madre mejor y mas amada,
Ven á mis lábios, á mi ardiente seno,
Y recibe las lágrimas que brotan
Mis ojos místicos; llanto de ternura
Y acaso de fatal remordimiento.
Sí, madre idolatrada: tus amores
Tu anhelo por mi bien infatigable,
Y tus lecciones de virtud sencilla
Desatendí frenético. . . ¿Qué ¡ago
Recibiste de mí? Dolor y luto.
Precipité mis pasos imprudentes

Tras el glorioso, espléndido fantasma
De inaccesible libertad. La ira
De celoso poder me hizo blanco,
Y fulminó tremenda. Cuántas noches
Cuando los ojos de llorar cansados
Cerrabas, te mostró la fantasía
Mi sangriento patíbulo! Mi fuga,
Y una separacion talvez eterna,
Calmaron tu terror no tus pesares.
Qué lágrimas ansiosas, de amargura,
Te habrá tu primojénito costado
Prófujo, errante en estranjeros climas.
Donde asentaror; su fatal imperio
Ferozes odios, ambicion tirana,
Y fraticida bárbara discordia!

Y yo, madre, tambien tu triste ausencia
Lamento inconsolable. Los prestijios
De mísero poder ó fútil gloria
No me embriagaron, ni del pecho ansioso
Borrar pudieron tu sagrada imájen.
De Témis en el templo venerando,
En la silla curul á que fortuna
Elevóme despues; en el peligro
Y escitado de bélico tumulto;
Entre los brazos de adorada esposa
O las tiernas caricias de mis hijos,
Recordé tus amores y brotaba
De mis ardientes labios el suspiro.
Tres años há que por la vez primera
Desde el trono español se pronunciaron
Los dulces ecos de la paz y olvido.
Oh! como palpité! . . . La fantasía
En májica ilusion mostróme abiertos
Los campos deliciosos de mi Cuba,
Y entre sus cocoteros y sus palmas,
Al márjen de los plácidos arroyos,
Con mi familia cara y mis amigos
Me hizo vagar. Al ajitado pecho
Pensé estrechar á las hermanas mias,

A mi madre inundar en llanto dulce
De inefable ternura, y en su seno
Deponer á mis hijos. . . . Mas, sañudo
Arbitrario poder frustró mis votos;
Que en la opresa, infeliz, hollada Cuba,
De viles siervos abatida sierva,
No es dado el hacer bien ni al mismo trono,
Cuyo querer eluden los caprichos
De sátrapa insolente! Se arrastraron
Dos lustros y dos años dolorosos
De espatriacion, de lágrimas y luto,
Y en los hispanos pechos implacable
Arde vivo el rencor. . . .

Mas, á despecho
Del odio suspicaz y la venganza,
Yo, madre, te veré. Cuando benigna
Primavera jenial restaure al mundo,
Las turbulentas olas del oceano
Hendiremos los dos, y venturoso
Del Hudson en las fértiles orillas
Te abrazaré. Tu imájen venerada
Será entretanto mi mayor consuelo.
Mostrándola á mis hijos cada dia,
Enseñaréles con afan piadoso
A que te amen, respeten y bendigan,
Y oren por tí sus inocentes labios.
Ella en este desierto de la vida
Será para mis ojos vacilantes
Astro sublime de virtud. Al verla,
Tus augustos consejos recordando,
Fiel le seré, y á Dios enardecido
Elevaré mis inocentes votos
Porque á tus brazos me conduzca. Sea
Báculo á tu vejez tu primer hijo,
Y en asilo rural, feliz, oscuro,
Te haga olvidar las anteriores penas
Con amantes cuidados y caricias.
Aquesto y nada mas demando al cielo. . . .

El Niágara.

Templad mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y ajitada
Arder la inspiracion. Oh! cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!... Niágara undoso
Tu sublime terror solo podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó de dolor la mano impía.

Torrente prodijioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador; disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo comun y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracan furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: ví al oceano
Azotado por austro proceloso,
Combatir mi bajel, y antes mis plantas
Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.
Mas, del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresion que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso, y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el Destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rujiente
La aterradora faz? El alma mía
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo: mil olas
Cual pensamientos, rápidas pasando
Chocan y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

Ved! llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil íris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las ríjidas peñas
Rómpe se el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Jira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en tí busca mi anhelante vista
Con inútil afán? Por qué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa y crecen,
Y al soplo de las brisas del oceano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto y delicada rosa,
Muelle placer inspiran y ocio blando
En frívolo jardín: á tí la suerte
Guardó mas digno objeto, mas sublime;
El alma libre, jencrosa, fuerte,
Viene, te vé, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

Omnipotente Dios! En otros climas
Ví mónstruos execrables
Blasfemando tu nombre sacrosanto;
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar en sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra;
Y desolar frenéticos la tierra.
Vílos y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignacion. Por otra parte
Ví mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

Asombroso torrente!
Cómo tu vista el ánimo enajena,
Y de terror y admiracion me llena!
Do tu oríjen está? Quien fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano

Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el oceano?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes ajitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Ciego, profundo, infatigable corres
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad!... Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes días,
Y despierta al dolor!... Ay! agostada
Siento mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me ajita
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
Mi soledad y mísero abandono
Y lamentable desamor....¿Podría
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz? Oh! si una hermosa
Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago y ensañamiento
Y ardiente admiración acompañase!
Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreirse
Al sostenerla mis amantes brazos!...
Delirio de virtud! Ay! desterrado
Sin patria, sin amores,
Solo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!
Adios! Adios! dentro de pocos años
Ya devorado habrá la umbra fría
A tu débil cantor. Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal Pueda piadoso
Viéndote algún viajero,

Dar un suspiro á la memoria mia!
Y al abismarse Febo en occidente
Feliz yo vuela do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

JOSÉ MARIA HEREDIA.

El ministro y el aspirante.

LETRILLA.

“No es posible estar mejor:
El amor al órden cunde,
La hacienda va de primor,
Y la instruccion se difunde.
Gobierno tan bienhechor
Forzoso será que funde
La gloria de este hemisferio.”
Este ocupa un ministerio.

“Esto se lo lleva el diablo:
El desórden que se nota
No lo ataja ni San Pablo:
La hacienda está en bancarrota,
Y, ó no sé yo lo que hablo,
O hace este gobierno idiota
Del país un cementerio.”
Este quiere un ministerio.

“¡Cuánto complace el que sean
Premiadas hoy las virtudes!
¡Cuánto ver que solo emplean
A hombres de honor y aptitudes!

¡Cuánto que su fin ya vean
Nuestras largas inquietudes
De la ley bajo el imperio!”
Este ocupa un ministerio.

“¡Da horror ver en su apojeo
A viciosos disolutos
Y que no se da un empleo
Sino á pícaros y á brutos!
La nacion es el recreo
De estos dueños absolutos.
¿Quién sufre tal cautiverio?”
Este quiere un ministerio.

“El mandarin mas adusto
Ve en el pueblo á sus iguales,
Y gobierna franco y justo
Con afectos paternales.
¿Y habrá censor tan injusto
Que pueda manejos tales
Juzgar dignos de improprio?”
Este ocupá un ministerio.

“Vilmente hollando la ley
¿A quién dejarán de herir?
Peor que en tiempo del Rey
Va el Estado en mi sentir:
Cada Prefecto es un Dei,
Cada ministro un Visir:
Todo es tapujo y misterio.”
Este quiere un ministerio:

“Si del poder se ensancháran
Los límites, ¡ay! entonces
Mucho se facilitáran
De esta máquina los gonces:
Proyectos se ejecutáran
Dignos de grabarse en bronces,
Y algo se hiciera mas serio.”
Este ocupa un ministerio.

“Se anhela por una inmensa
Libertad en los negocios,
Y á este fin jime la prensa
Bajo el ministro y sus socios.
¿Quiérenla aun mas estensa
Para entretener sus ócios?
¡O vergüenza! ¡ó vituperio!”
Este quiere un ministerio.

“Mas bienandanza cabal
No tendrá la patria mia
Mientras la imprenta fatal
No vea su último dia,
Y se agote el manantial
De calumnia, de osadía
De imprudencia y de dicitario.”
Este ocupa un ministerio.

“No hay libertad de opinion:
Por la imprenta no hay ataques.
Que esperen la Estrema-Uncion
Los que se metan á jaques
Contra cualquiera mandon.
¿Piensan estos badulaques
Que es la nacion monasterio?”
Este quiere un ministerio.

Sin oir este charlar
Eterno, aunque no administro
Ni ambiciono administrar,
Puedo, si el alma registro
De cada hombre, penetrar
Que el que quiere ser ministro
No usa del mismo criterio
Que el que ocupa un ministerio.

- Un sueño.

Soñaba yo que sentado
Sobre la yerba mullida
Y olorosa,
Me estaba en sitio callado
Bajo una acacia florida
Con mi esposa:
El aura suave se oía
Susurrar en la espesura
Mansamente,
Que grato aroma traía
Desparcido en la frescura
Del ambiente.

En los árboles coposos
De musgo y de yedra amante
Revestidos,
Los pajarillos gozosos
Revolaban por delante
De los nidos;
Y un arroyo cristalino
Deslizábase en la arena
Murmurando,
Como obedece al destino
El infeliz, sus pesares
Lamentando.

En tanto, el fruto primero
De nuestros blandos amores
Contemplaba
Que con un manso cordero
Sobre la alfombra de flores
Retozaba.
Llena mi alma de placer
Feliz gozaba un momento
De alegría,
Olvidado el padecer;
Que gusto daba y contento
Cuanto vía.

Mas un ángel refulgente,
A grandes alas ruidosas
Desplegadas,
Bajando ví de repente
De entre nubes vaporosas
Y rosadas:
Al contemplar la belleza
De aquella inocente niña,
Sonrióse,
Y asiéndola con presteza,
Bañó de luz la campiña,
Y elevóse.

Un grito entonces oí
De angustia lleno, y preñado
De dolor,
Que en el corazón sentí
Como puñal afilado
Matador;
Y de mi ensueño volviendo
Pavoroso, y respirando
Con anhelo,
Una mujer ví jimiendo....
Una madre ví llorando
Sin consuelo.

Ví una cima do pendia
Blanca corona medrosa
De azahar,
Y hallé el terror do salia
Dulce risa cariñosa
Resonar:
Allí un rostro de candor
Vide pálido, y sin brillo
Su mirada;
Era marchita una flor....
Un cadáver amarillo
Mi hija amada.

JOSÉ LUIS ALFONSO.

Al Sr. D. Mariano Roca de Togores

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA.

Hay en la vida lágrimas, Mariano,
Que la amistad contempla silenciosa,
Porque enjuagarlas intentára en vano.

Ni al que las vierte en la reciente losa
De un sepulcro, do, en flor arrebatada,
La dulce prenda de su amor reposa,

Con importunos pésames le agrada
Ver en el llanto que á sus solas vierte
La majestad de su dolor turbada.

Pues quién, mi dulce amigo, de otra suerte
Antes que yo consuelo te ofreciera?
Si heridas que feroz abre la muerte

Mano mortal cicatrizar pudiera,
Cuál, para tí, cuál otra que la mia
Mas diligente y cariñosa fuera?

Contigo me crié: contigo un día
En las aulas bebí de San Mateo
El fuego de la hermosa poesía.

Aun me parece que vagar te veo
Con precoz gravedad, cuando sonaban
Las suspiradas horas de recreo;

Mientras otros astutos se burlaban
Del ayo inexorable y bulliciosos
Por el talado jardinillo andaban.

Allí vimos nacer los jenerosos
Alientos de cien jóvenes, que ahora
Son de ciencia y valor nombres gloriosos.

Allí rayar en su brillante aurora
De *Espronceda*, oh! dolor! el jenio ardiente
Que el soplo de la muerte heló á deshora.

Allí *Leon* el ánimo valiente
Apercibía al temerario empeño
Que vió de Huesca la asombrada jente.

Oh! edad feliz! Oh! fujitivo ensueño!
Oh! sonrisa primera de la vida,
Trocada en breve en arrugado ceño!

¿Y qué, Mariano, la ilusion perdida
De nuestra tierna edad, en noche oscura
Nos dejó acaso el alma sumerjida?

¿No hay un rayo de luz serena y pura?
Es la existencia una rejion sombría
Do el llanto funeral eterno dura?

Detestable ficción!—También un día,
Dando el último adios á la esperanza,
Llevado fuí de la comun manía

A ese mundo fantástico, do lanza
El corazón desesperado quejas,
Y en la tumba no mas alivio alcanza.

Allí me lastimaba las orejas
Llorando su vejez anticipada
Un mancebo de nítidas guedejas.

Otro de faz robusta y colorada,
Que á tres lustros de edad llegaba apénas
Al blando arrullo de niñez mimada,

Contaba desengaños á docenas
De esta imperfecta sociedad que al hombre
Suele encerrar con grillos y cadenas.

Y porque mas su desventura asombre,
Quejábase también de estar minado
De una secreta enfermedad sin nombre.

Allí, si abre los ojos tu adorado
Dueño para mirarte, es cual si abriese
Sus puertas el infierno á un condenado.

No hay lábio humano allí que no te bese,
Ni hay amante feliz, ni hay nadie en suma,
A quien la amarga vida no le pese.

Basta: fuera de aquí!—Yo, á quien no abrumbas
La sociedad, ni anillo con veneno
Llevo, ni tengo mal que me consuma,

Ni he sido de fortuna tan ajeno
Que un fiel amigo, una mujer constante
No hallaré alguna vez, yo no soy bueno

Para tanto jemir—Estravagante
Empeño es sepultarse de por vida
En el infierno que describe el Dante,

Y no llevar el alma embebecida
En trinos de aves y en olor de rosas
Por los jardines májicos de Armida.

Mis ojos otra vez á las hermosas
Rejiones se alzan del sereno polo,
A buscar sus deidades fabulosas.

Que yo la lira del celeste apolo
Que invoqué tantas veces, al ruido
De las doradas ondas del Pactolo,

No he de trocar por el fatal graznido
Del repugnante pájaro que viene
Del hedor de las tumbas atraído:

Y prefiero las aguas de Hipocrene
A esas lagunas cenagosas, donde
Blanca fantasma en sollozar perene

Al lánguido poeta le responde
Con un ósculo hediondo, y un acero
Que entre los pliegues de su manto esconde.

Álcese *Byron*, de su númen fiero
En las alas flamíjeras, y escoja
A su espíritu audaz nuevo sendero.

El que prudente á tanto no se arroja,
Siga la usada via; que por ella
A la inmortalidad llegó Rioja.

Tan escasa de luz brilló la estrella
De las Castalias Mújicas? Si el auxilio
Imploraba Boscan de Erato bella,

No deleitaba en pastoral idilio?
Tan mal la trompa de Caliope suena,
En los cantos de Homero y de Virjilio?

—Y tú, Mariano, que en la amarga pena
A que el humano esfuerzo no resiste,
Derramas de tus ojos larga vena;

Si algun consuelo á tu dolor existe,
Solo en las musas le hallarás acaso:
Sí, que tambien para el que llora triste

Tiene lágrimas dulces el Parnaso:
Las que en *el lamentar de dos pastores*
Vertió sin duelo el tierno Garcilaso.

Y ya que el golpe irreparable llores,
Corra al son de la cítara tu llanto;
Que del que viertas tú nacerán flores.

Ven: y hallarás el bálsamo que un tanto
Alvíe tu mortal melancolía,
En la tierna amistad, y en el encanto
De la consoladora poesía.

VENTURA DE LA VEGA.

A D. Juan Cruz Varela.

MUERTO EN LA ESPATRIACION.

(*Inédita.*)

Pobre al fin, desterrado
De su patria querida
El poeta Argentino
Dijo adios á la lira,

Dijo adios al vivir;
Triste destino el suyo!
En diez años, un día
No respirar las auras
De la natal orilla,
No verla ni al morir!!

Pero esto no bastaba.
Al volver al asilo,
De donde moribundo,
Satélites vendidos
Al tirano feroz,
Lo arrojan á que busque
En el mar un abrigo;
Al abrazar su madre,
Su esposa y tiernos hijos
Les dá el último adios.

Cuando anhelante mira
Su espíritu ajitado
Alborear victorioso
El nuevo Sol de Mayo,
El Sol de Libertad,
Cuando otra vez la pluma
Temible á los tiranos
Toma en pró de la Patria
Y de sus fueros sacros,
Pasa á la eternidad.

O Dios! cuánta amargura
A su agonía lenta!
Ver vana la esperanza
Que su alma de poeta
Tanto tiempo abrigó!
No ver su patria libre,
Despues que á defenderla
Ilustrarla y servirla,
Su juvenil riqueza,
Su ingenio consagró.

Verla en las manos viles
De viles opresores,
Siendo escarnio y vergüenza
De las cultas naciones,
Sin poderla valer;
Ultraje sobre ultraje
De enemigos innobles
Sufrir en el destierro,
Y devorar baldones
De infames con poder!

Mendigar, por patriota,
El pan del extranjero,
Tan duro y tan amargo
A los altivos pechos,
¡O digno galardón!
Partirlo con sus hijos
Y con su esposa, lleno
De esas lágrimas tristes,
Que como plomo hirviendo
Brotan del corazón.

Tolerar la arrogancia
De la mezquina turba,
Insectos miserables,
Que en torno al león susurran
Cuando en hierros está;
Y el graznido molesto
De esas aves inmundas,
Que en desechos del tigre
Ceban su torpe gula,
No harta de sangre yá.

O Dios! cuánto infortunio
Reservado al poeta,
Reservado al ingenio
Que en la comun palestra
Se avanza á combatir,
En pró de la justicia

Y la verdad austera,
Sin mas arma que el filo
De incorruptible lengua,
Firme en su fé y sentir.

En premio inmerecido
Del heróico combate
Que hace al error y al crimen,
Y del sudor y afanes
De su mas bella edad,
Recibe desengaños
Muerte, infamia ó pesares,
Y dejas que burlando
Tu justicia insondable
Triunfe la iniquidad.

¿No la veis como hipócrita
Se postra ante tus aras,
Y grita levantando
Su mano ensangrentada:
“¿Dios es justo tambien?”
Castigo, recompensas,
Justicia soberana,
¿Qué son? ó indiferente
Tu providencia infausta
Prodíga el mal y el bien?

¡Insondable misterio!
Aquí no es el castigo
Ni la infamia del crimen;
Que él reina y tiene impío,
De la justicia el fiel;
La inocencia parece
Implorando tu auxilio,
Y las virtudes lloran
Sus mas ilustres hijos
Perseguidos por él.

Para mezquinos séres,
Sin labor concentrado,
Crece y medra fecundo
De la fortuna el árbol,
Para el poeta nó;
La tierra que él abona
Con su sudor y llanto,
Solo espinas le ofrece,
Otros se regalaron
Con el fruto que dió.

El corazon que sabe
Mover los corazones,
Inflamarlos, henchirlos
De sentimientos nobles,
De espíritu marcial;
El que en las horas tristes
Con hechiceras voces
Los consuela y anima,
Pintándoles visiones
De una ventura ideal:

Ignorado en la tierra,
Huérfano y solo vive;
Sin que nadie el misterio
De su elacion sublime
Alcance á penetrar;
Ni lo que sufre y calla
Simpático y sensible
A los males humanos,
Sin que ninguno aplique
Bálsamo á su pesar.

Aquel que jeneroso
Los lauros de la gloria
Reparte, celebrando
Las virtudes heróicas,
De los pueblos blason,
Y su elocuente ejemplo

Lega á edades remotas;
La palma del martirio,
La diadema espinosa
Recibe en galardón

Pero nó, en paz descansa,
En tu florida tumba;
Cantor del Plata, ilustre
La que alcanzó tu Musa
Digna venganza fué;
La infamia del tirano
Estampó ya tu pluma
En indelebles versos;
No es la victoria suya
Aunque en la cumbre esté.

Hoy el clamor lo engríe
De sus esclavos necios;
Pero quizá mañana
La justicia del pueblo
Cuenta les pedirá,
De la sangre inocente
Que bárbaros vertieron;
Y á tí y á tus amigos
De infortunio, alto premio
De honor consagrará.

En vano al ver tu suerte
La providencia acuso,
Porque vedó al poeta
Los delicados frutos
De su terrestre Eden;
Incienso perdurable
Fué el patrimonio suyo,
Y su inefable dicha,
Y su deleite puro
Ver en idea el bien;

Gozarse en animarlo
Con un fecundo soplo,
Ofrecerlo vestido
A los humanos ojos
De belleza inmortal;
Y ver la muchedumbre,
El frívolo alborozo
Menospreciar del mundo,
Por agruparse en torno
De su creacion ideal.

O poeta! la gloria
Que te cupo en herencia
Bella fué, yo la envidio,
Yo que tarde á la arena
Lleno de ardor corrí;
Tu musa nació al ruido
De la trompa guerrera,
Nació al nacer la Patria
Vírjen, robusta y bella
Para inspirarte á tí.

La mia al éco infausto
De las impuras órjias
Del despotismo en triunfo,
Cuando murió su gloria
Su libertad y honor;
Tu musa de laureles
Se fabricó corona,
Y entusiasmada al grito
De combate y victoria,
Dió al heroismo loor.

La mia al triste luto
De la mísera Patria
¿Qué pudo dar? Silencio,
O una acerba mirada
De estéril compasion,
Y buscó en los abismos

De la conciencia humana
Cantos que nunca oyeron
Las Argentinas playas,
Cantos del corazón.

No tema en mí tu nombre
Rivalidad mezquina,
Las musas son hermanas,
Y á la rastrera envidia
Niegan su alto laurel.
La rejion do se albergan
Es mundo de armonia
Inagotable, y solo
La inspiracion divina
Bebe el poeta en él.

Émulos jenerosos
Talvez mi lira no halle,
¿Qué importa? tributando
A la tuya homenaje
Hago ofrenda al deber.
¿Se negará al injenio
Que á su patria honrar sabe
Este don, cuando turba
De ambiciosos vulgares
Honra usurpa y poder?

Oh! tú fuiste dichoso,
Respiraste aura libre,
Y el astro de la patria
En el Oriente viste
Mas de una vez brillar.
Yo solo allá en mi infancia
Lo ví en sueño felice;
Que jóven á otro clima
Me llevó ansia sublime
De saber y admirar.

Tú entre libres gozaste
De su benigno influjo,
Yo entre opresor y esclavos
Mi juventud consumo,
Falto de aire vital;
Y esperando el gran día
De redención y triunfo,
Viendo do quier vileza,
Salvar mi honor procuro
Del contagio letal.

Pero ay! con esperanza
Frágil yo me alucino:
De ese glorioso día
Los albores lucidos
Mi voz no ensalzará.
Mi vida ya se agota
Como se agota un río
En arenal sediento;
Mi corazón altivo
Despedazado está.

Poeta ¿qué es la vida,
Después que victoriosos
Del combate salimos,
Mostrando arado el rostro
De honrosa cicatriz?
¿Qué es? inacción molesta,
Triste afanar: sin logro,
Ir, venir como el vulgo
Con el costal al hombro;
Oh! tú fuiste feliz!

Mas morir cuando el alma
Lleva joven y ardiente
La ambición jenerosa,
Que á conquistar impele
El lauro vencedor;
Al poner pié en la liza

Que ambicionan los fuertes
Morir desesperado;
Triste destino es este,
Este acerbo dolor.

Paz al noble poeta,
Honra al digno patriota,
Que en la arena luchando
Supo doble corona
A su frente ceñir;
Musa de nuestro siglo,
La libertad lo llora
Mártir esclarecido,
Y su ejemplar memoria
Trasmite al porvenir.

ESTÉBAN ECHEVERRÍA.

Estancia de los *Talas*, Abril 1839.

Esclencia del matrimonio.

EN BOCA DE UNO DE LOS PERSONAJES DE LA COMEDIA
TITULADA "EL HOMBRE DE MUNDO."

... ¡Mira que es cosa
De que no tienes idea
Lo que cautiva y recrea,
El cariño de una esposa!
Y no lo juzgues por ese
Con que te tiene embaucado
La francesa: amor comprado,
Por mucho que te embelese:
Ni es tampoco aquel delirio,

**Aquella fiebre de amante,
Abrasadora, incesante,
Que mas que gozo es martirio.
El fuego que dá calor
Al alma, sin abrasar:
Es conjunto singular
De la amistad y el amor.
Huye de tí el egoismo;
Porque hay á tu lado un ser
Que tu pena y tu placer
Lo siente como tú mismo.
En vez de frivolidad
Y de desprecio del mundo,
• Se despierta en tí un profundo
Instinto de dignidad.
Quieres merecer del hombre
Respeto, aprecio, interes,
Porque refleje despues
En la que lleva tu nómbre.
Ese tu eterno viajar
Por Francia, Italia, Inglaterra,
Sin que haya un punto en la tierra
Que alivie tu malestar,
¿Qué es sino cansancio, dí?
¿Qué es sino un vago deseo
De encontrar mas digno empleo
A la vida que hay en tí?
Pues esa eterna vagancia,
Ese vivir volandero
Que te hace tan extranjero
En España como en Francia;
La indiferencia fatal
O el tédio mas bien que sientes
Cuando ventilan las jentes
Algún negocio formal,
Todo eso que yo he probado
Cuando como tú vivia,
Se borra, Juan, desde el día
En que te miras casado.**

Ya por el público bien
Te afanas, y en tí rebosa
Con el amor de tu esposa
El de tu patria también,
Y el alma y los ojos fijos
En su porvenir tendrás;
Porque esta patria, dirás,
Es la patria de mis hijos.
En fin, Juan, el matrimonio
Es oríjen, no lo dudas,
De las mayores virtudes
De la tierra.... ¡Y... qué demonio!
Mucho contra él se propala;
Pero cuando todos dan
En casarse.... Vámos, Juan,
No será cosa tan mala.

VENTURA DE LA VEGA.

A Napoleon.

Sin rey ni leyes, Francia desolada
De anárquico furor cayó en la hoguera:
Salvóla Bonaparte: lisonjera
La gloria en cetro convirtió su espada.
Tembló á su voz Europa consternada:
Reyes la dispensó con faz severa:
En Moscou, en Madrid su águila fiera
En Roma y Viena y en Berlín vió alzada.
¡Cómo cayó! vencido, abandonado
En un peñasco silencioso espira,
Dando ejemplo á los déspotas terrible.
Al contemplar su fin desventurado,
Clama la historia, que su jenio admira:
“No hai opresor por fuerte irresistible”.

JOSÉ MARIA HEREDIA.

Dios al hombre.

IMITACION DE LAMARTINE.

El hijo imbecil de la nada
Osa maldecir su existencia
Y acusando mi providencia
Blasfema del bien y del mal!
Para penetrar mis arcanos
En afan estéril se ajita,
Y rebelde, ciego, me cita
A su insolente tribunal!

A mil beneficios ingrato
Mis obras tu lábio maldice,
Y porque bruto no te hice
Te quejas de no ser un Dios.
¿Te consulté cuando mi acento
Pobló de luz el éter vano;
Cuando en su abismo el oceano
Lanzóse rujiendo á mi voz?

Revelé mi ser á tus ojos
Cuanto permitió su flaqueza!
Viste en el cielo mi grandeza
Viste en la tierra mi bondad.

El órden constante del mundo
Te descubre mi intelijencia,
La natura mi próvidencia,
Y el espacio mi inmensidad.

Ese sol que ofusca tus ojos,
Sombra de mi fuego divino,
¿Talvez me propuso el camino
Qué en el éter le señalé?
¿Por ventura diré á la tierra
Qué ley sus entrañas fecunda?
Cuando el mar sus playas inunda
O las huye, ¿sabe por qué?

En los desiertos ¿el vacío
Sembré cual polvo las estrellas:
De mi poder mira las huellas
En la tierra, el cielo y el mar.
Por tus sentidos imperfectos
Envuelto en tiniebla sombría;
Del universo la armonía
Puedes apénas vislumbrar.

Mira do quier! Naturaleza
Sigue su curso majestuosa
Y jamás indaga curiosa
Los designios de su Señor.
Tú, mortal, adórale. Aguarda
La leccion final de la muerte,
Y abandona humilde tu suerte
A tu benéfico Hacedor.

Libré tu alma del barro impuro
Caerá de tus ojos el velo:
Desde las alturas del cielo
Mis horizontes abarcarás.
Fuentes seran de altas virtudes
Los males que tanto deploras,
Y verás lucir triunfadoras
Mi justicia y tu libertad.

El infortunio pasajero
Es crisol del alma escojida
Y convierten la frágil vida
En gloriosa inmortalidad.
Hijo del polvo! te concedo
Para ser justo solo un día:
Mi suprema sabiduría
Tiene ante sí la eternidad.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

Fin de la vida.

Qué nos importa vivir
Si aunque cien años contemos
Se tocan en los extremos
El nacer con el morir?

¿De qué vale un año mas
De existencia pasajera,
Si es la vida una carrera
Mas inquieta que fugaz?

De qué sirve que el espacio
Eterno corras, ¡oh sol!
Y tiñas con tu arrebol
Esos techos de topacio?

¿De qué vale que tu luz
Mi vista ansiosa deslumbre,
Si al fin es fuerza que alumbre
Un sepulcro y una cruz?

Porque habrémos de llegar
A nuestro término impío,
Como las ondas de un río
A los abismos del mar.

Vendrá el día en que renuncie
A esta gran naturaleza,
A su pompa á su belleza,
Y mi último adios pronuncie.

Llegará la hora en que todo
Lo mire desaparecer,
Cuando se borre mi ser
Entre gusanos y lodo.

Llegará la hora en que otro hombre
Me cave en la tierra dura
Una estrecha sepultura
Y ponga en ella mi nombre.

En vano entonces la tierra
Brotará plantas y flores;
No mas verá los primores
Que ella en sus senos encierra.

En vano soberbio el mar
Ostentará su presencia;
No mas desde una eminencia
Yo lo podré contemplar.

En vano el ambiente aquí
Embriagará con su aliento,
En vano, sí, porque el viento
No soplará para mí.

En vano levantará
Su blando arrullo la fuente,
Que su murmurio inocente
Para mí no sonará.

Ni habrá un eco en el oído
Ni para el pecho habrá amores,
Para la vista colores,
Ni un placer para el sentido.

Entonces luna del cielo
Emperatriz y señora,
Benigna dispensadora
De la calma y del consuelo;

Entonces tú seguirás
En tu marcha misteriosa,
Y mi tumba silenciosa
Mansa luna, alumbrarás.

Tú correrás el espacio
Para no acabar tal vez,
Del firmamento al traves
Que te sirve de palacio.

Y tu lánguida lumbrera
De la noche en el misterio,
Alumbrará un cementerio
Y una seca calavera.

JOSÉ ANTONIO MAITÍN.

La ilusión de la vida.

(FRAGMENTO.)

¡Feliz, feliz quien ilusiones llora
Quien una que otra vez canta esperanza,
Quien ama la virtud consoladora,
Y espera de ella su eternal bonanza;

Quien á pesar de la inconstante suerte,
De los azares de la triste vida,
Contento aguarda que por fin la muerte
A su mansion lo lleve apetecida!

Sufrir cuando en la tierra no hay un dedo
Que pueda levantarse y acusarnos,
Y alzar los ojos sin temor, sin miedo,
Y sin tener de qué ruborizarnos;

Pasar y repasar en la memoria
Tantos años de luto y agonía,
Y no encontrar en nuestra aciaga historia
De crimen ni vergüenza un solo día!

Esta es la gloria pura y esplendente
Que satisface al ánima orgullosa,
Que augusta radia en nuestra altiva frente
Y hace tan bella aun la vejez canosa.

Esta es la dicha sola verdadera,
Que no sujeta á la inconstante suerte
Nos acompaña con su faz austera
Mas allá del sepulcro y de la muerte.

Oh! mientras el ciclo á quien rendida adoro,
Guarde mi frente libre de mancilla,
Tranquila viviré, por mas que el lloro
De la desgracia bañe mi mejilla!

El primer beso de amor.

Es hermosa, encantadora
De una mujer la sonrisa,
Y suave como la brisa
El acento de su voz:
Divina es una mirada,
Seductora, una malicia;
Mas, qué iguala á la delicia
Del primer beso de amor?

Era del crepúsculo hora,
Brillante véspero ardía;
En las selvas repetía
Sus cantos el ruiseñor:
Las flores aromas daban,
Murmuraba manso el río;
Allí nos unió bien mio
Por vez primera el amor.

Sentado estaba á tu lado,
Y en mis brazos te estrechaba,
Tu corazón palpitaba
Cercano á mi corazón:
Tus mejillas se encendían,
Era tu mirar incierto,
Y tu lábio entreabierto
Brindaba el beso de amor.

La languidez de tus ojos
Mis sentidos embargaba;
El contacto me quemaba
De tu aliento abrasador.

Me estremecí de deleite,
Y hubo un momento en que ciego,
Dejé en tu lábio de fuego
Mi primer beso de amor.

En ese instante divino
La luna alzaba en oriente
Su melancólica frente
Y nuestra suerte enviñó.

Jimieron de amor los bosques,
Los ángeles sonrieron,
Que el deleite comprendieron
Del primer beso de amor.

RAMON I. ALCARAZ.

Yumuri.

Dos veces no mas mis ojos
Se fijaron en tus ondas,
Y desde entonces no puedo
Apartar de la memoria
El espejo de tus aguas,
Ni la espuma con que mojas
De las flores de tu orilla
Las perfumadas corolas;
Ni la luz de las estrellas,
Que penetra hasta en las sombras
De tu seno oscuro y frío,
Iluminando radiosa
El sepulcro donde encierras
Las pájinas de tus glorias.

Adonde quiera que vuelvo
Mis ojos, miro tu sombra
Y del alma se me escapan
En lucha atormentadora,
Suspiros, que por ardientes
No hay pecho que los recoja,
Ni lábios que los repitan,
Ni corazón que los oiga;
Pues parece que con ellos
En comunión misteriosa,
Como eléctrica centella
Que consume cuanto toca,
Va el espíritu invisible
De seres que ausentes lloran,
Y cuyas endechas tristes
Han repetido sonoras
Los poetas con sus arpas,
Los árboles con sus hojas,
Y con sus quejas las fuentes,
Y con su voz las canoras
Aves, que vuelan perdidas
Como visiones hermosas
Buscando en las soledades
Grata paz, y dulce sombra.
Yumurí! . . . de tus arenas
Yo bien sé la triste historia;
De tus aguas los suspiros
Repítela á todas horas,
Y en vano será que el tiempo,
Con su mano tenebrosa,
Pretenda borrar sucesos
Que viven en la memoria;
Sigue lento y sigue suave
Con tus aguas silenciosas,
Cristalino y manso río,
Y á los ecos no respondas
De las turbas que en tus aguas,
Con alegres barcarolas
Y al reflejo de la luna,
En noches de mayo hermosas,

Invocar tan solo saben
El nombre de la que adoran;
Ni te plazcan las plegarias
Que en tus márgenes entona
Con falsa voz la doncella,
A quien los celos devoran,
Y lamentando sus penas
Con lágrimas mentirosas,
Tus claras aguas enturbia
Y tus recuerdos deshonra.

Repitan, sí, tus corrientes
Las canciones melodiosas
Del insigne Milanés
Que no canta sino llora,
Y al son del arpa se queja.
Con “La fuga de la tórtola”,
Y “de codos en el puente”
Vé cruzar sobre las ondas
En la barca del progreso,
Las imágenes hermosas
De la industria y de las artes,
De las ciencias y la historia.

De Tolon las melodías
Repite también sonoras
Con la mágica ternura
Y el almíbar que atesoran;
Pues de amor es un poema
Cada verso en que te nombra,
Cada rasgo en que te pinta,
Cada endecha en que te llora.

Escucha, sí, los suspiros
Melancólicos de Acosta;
Los himnos que el triste Heredia
Eleva en playas remotas.
Inflamado por el fuego
De la patria y de la gloria.

Y los cantares melífluos,
Y las dulcísimas trovas
De Plácido, cuyos versos
Destilan la miel sabrosa

De los lirios perfumados
Y las blancas amapolas,
Que en noches de abril y mayo
Exhalan tan suave aroma.

Y arrullado por los ecos
De liras tan armoniosas,
Ahogando recuerdos tristes,
Desliza tus claras ondas
Cual resbalan, manso río,
Por mi rostro, gota á gota
Las lágrimas con que escribo.
Suspirando estas estrofas.

RAFAEL MENDIVÉ.

El deleite.

La diosa del deleite reclinada
Sobre un lecho de rosas,
Y de mil cupidillos rodeada,
Nos arroja miradas amorosas.
En sus ojos hermosos
A un mismo tiempo veo
El pudor y el deseo,
Ya dulce languidez, ya fuego ardiente.
Agora cariñosa,
Agora desdeñosa,
En torno los revuelve blandamente.
Qué actitud! ¡Qué dulzura!
Qué gracia! Qué ternura!
¡Cómo le ondea por el blanco cuello
El oro del cabello!
Su guirnalda de flores

¡Cuánto perfume delicioso exhala!
¡Qué suaves olores!
Toda el Asia en aroma no le iguala.
Cómo juegan con ella los amores!
Uno cubre con su ala
Sus hechizos y encantos seductores:
Otro las hebras de su pelo enreda;
Con mas astucia y arte
Este á sus piés se acerca y al descuido
Levantando la seda
De su rico vestido,
El alabastro queda
Descubierto en gran parte:
Aquel, menos mirado,
Le introduce en el seno á manos llenas
Las blancas azucenas:
¡Qué no puede un amor cuando es osado!

JOSÉ FERNANDEZ MADRID.

En un album.

EN CUYA PRIMER HOJA CUBIERTA SE LEIA ESTA
INSCRIPCION: "PIDO QUE NO SE TOQUE."

No la toqueis, porque ella
Es cifra de un enigma
Que en el fondo la bella
Guarda del corazon.
Misterio tan sagrado,
Que de él mortal ninguno
Sino el predestinado
Tendrá revelacion.

No la toqueis! acaso,
Está toda la historia
De una vida ilusoria
Simbolizando aquí;
O algun feliz recuerdo
De juveniles dias
Que el corazon hoy cuerdo
Perpetuar quiere así.

Quién sabe si esa página,
Que veis asi cubierta,
De una esperanza muerta
Es fúnebre ataud;
O si contiene helados,
Marchitos en su aurora,
Mil ensueños dorados
De amor y beatitud.

Acaso esa muda hoja
De un deleite inefable,
De una acerba congoja
Reliquia fatal es,
Sobre la cual sus ojos,
En horas de amargura,
Lágrimas de ternura
Derramarán tal vez.

¿Ni qué importa á vosotros
Profanos de la tierra
El enigma que encierra
De una hoja la inscripcion?
Movió, direis, su mano
Frívolo pensamiento,
O de capricho vano
Solo fué inspiracion.

El ojo del poeta
Do intensa luz se anida,

Del corazón la vida
Solo puede sondar:
Para él nada hay inerte,
Todo habla en la natura;
De la vida y la muerte
Sabe el misterio hallar.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

En el album

DE MATILDE LAMARCA DE CARRIL.

Quién, Matilde, no diría
Que para quedat vengada
De la conquista pasada
La América aquí te envía?
Pague España su osadía
Y sus marciales arrojos;
Pues nunca tantos despojos
Vieron Pizarro y Cortés
Como aquí rendidos véis
A los rayos de tus ojos.

Yo que en su luz soberana
El sol de mi patria ví,
Orgullosa me sentí
De mi sangre americana.
Toda competencia es vana:
No os pongais en su camino,
Flores, que el pincel divino
Que os matizó de colores,
Pintó mas bellas las flores
Que brota el suelo arjentino.

VENTURA DE LA VEGA.

Despedida.

Adios! . . mas no es posible dar un adios eterno
A tu divina imájen y á tu recuerdo tierno,
Que mi inmortal memoria no olvidará jamas:
Delante de mis ojos siempre estarás presente,
Y en mi alma y en el pecho, y en mi abrasada mente
Tu imájen deliciosa se grabará tenaz.

Yo sentiré en la brisa tu perfumado aliento,
Tu voz consoladora traerá á mi oído el viento,
Y te veré en las nubes cruzar como vision;
Yo sentiré tus pasos en medio á las tinieblas,
Y al ver cubrirse el aire de transparentes nieblas,
Tus blancas vestiduras veré yo en mi ilusion.

Oh si el destino crudo de tí no me apartára,
Si de los patrios lares ¡ay Dios! no me arrojára
Mi porvenir entero se cifraria en tí!
Porque al mirar tu rostro tan cándido y divino
Veo que mi destino se liga á tu destino;
Veo que para amarte tan solo yo nací.

BARTOLOMÉ MITRE.

INDICE.

	PÁJ.
ADVERTENCIA	1
ALCARAZ (Ramon I.) Mejicano.	
El primer beso de amor.....	184
ALFONSO (José Luis) Cubano.	
Un sueño.....	160
ALTHAUS (Clemente), Peruano.	
A un Cóndor enjaulado.....	133
BELLO (Andres) Venezolano.	
El hombre, el caballo y el toro.....	51
O navis referent etc.....	67
La oracion por todos.....	78
BLEST GANA (Guillermo) Chileno.	
A diez y ocho años.....	49
El primer beso.....	53
BUSTAMANTE (Ricardo J.) Boliviano.	
El lux æterna lucebit.....	59
CALCAÑO (José Antonio) Neogranadino.	
Amores de un niño.....	61
A llorar al rio.....	70

CARO (José Eusebio) Neogranadino.

Una lágrima de felicidad.....	17
A la muerte de un jóver.....	21
El hacha.....	25
En boca del último Inca.....	58
Desaliento.....	62
Mi lira.....	65
En vísperas del combate.....	69
La venida á la ciudad.....	130

CUENCA (Claudio Mamerto) Buenos Aires.

La mariposa.....	138
------------------	-----

ECHEVERRIA (Esteban) Buenos Aires.

Serenata de Don Juan.....	128
A Don Juan Cruz Varela.....	166
En un album.....	189

FIGUEROA (Francisco A. de) Montevideo.

Epigramas.....	63
----------------	----

FORNÁRIS (José) Cubano.

Amor de esposa.....	87
---------------------	----

GOMEZ DE AVELLANEDA (Jertrudis) Cubana.

A la luna.....	28
Al mar.....	46
Al nacimiento del Redentor.....	113
A él.....	124

HEREDIA (José Maria) Cubano.

Al retrato de mi madre.....	150
El Niágara.....	153
A Napoleon.....	177
Dios al hombre.....	178

LILLO (Eusebio) Chileno.

Soneto.....	33
Lima [fragmento].....	72

LOZANO (Abigail) Venezolano.

La libertad.....	134
A Dios.....	140

MADRID (José Fernandez) Neogranadino.

El deleite.....	108
-----------------	-----

MARQUEE (José Arnaldo) Peruano.

La adolescencia..... 40

MAITIN (José Antonio) Venezolano.

Fin de la vida..... 180

MATTA (Guillermo) Chileno.

Parabien..... 73

La noche..... 97

Un hijo..... 103

Oracion..... 106

Lágrimas..... 108

Jeremias..... 111

MENDIVE (Rafael) Cubano.

La música de las Palmas..... 34

Vanidad de la hermosura..... 100

Yumurí..... 185

MERA (Juan Leon] Ecuatoriano.

El gato y los ratones..... 66

MILANÉS (José Jacinto) Cubano.

La fuga de la tórtola [cancion]..... 146

La madrugada..... 117

MITRE (Bartolomé) Buenos Aires.

Despedida..... 192

MONTEROS (Silveira E. de los) Neogranadina.

La ilusion de la vida..... 182

MONTÚFAR (José Batres y) Centro-americano.

Maria..... 127

Pienso en tí..... 137

OLMEDO (José Joaquin) Ecuatoriano.

Cancion indiana..... 22

PARDO Y ALIAGA (Felipe) Peruano.

El ministro y el aspirante..... 157

RENTÉ (José Güell y) Cubano.

A mi Maria..... 141

SALAVERRY (Carlos Augusto) Peruano.

El beso en el espejo.....	31
La locomotiva.....	38
Improvisacion.....	45
Olvido.....	121

SANFUENTES (Salvador) Chileno.

Estacion de amores.....	105
-------------------------	-----

TOLON (Miguel J.) Cubano.

Recuerdos de una mujer.....	37
Maternidad.....	115
VALDÉS (Gab. de la Concepcion (a) Plácido) Cubano.	
La flor de la caña.....	75
A mi amada.....	77
El cántaro de Jusua.....	86
Cora, [Romance].....	94
La inocencia.....	132
Las dos olas.....	143
Décima.....	145

VEGA (Ventura de la) Buenos Aires.

Despedida á un amigo.....	37
La agitacion.....	147
Al Sr. D. Mariano Roca de Togores.....	162
Escelencia de matrimonio.....	175
En el album de Matilde L. de Carril.....	191

YEPES (José R.) Cubano.

La golondrina.....	41
--------------------	----

